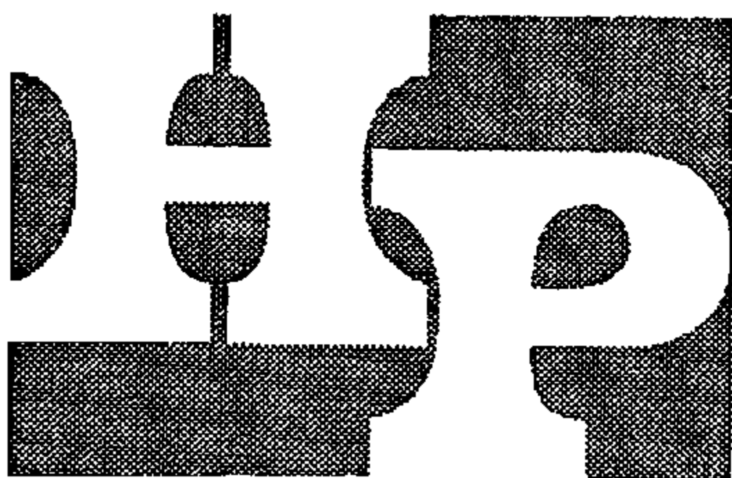


Silver Kane

BUENO PARA MORIR





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

BUENO PARA MORIR

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 107
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 44334-1971

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: enero, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Para entender bien una historia, lo mejor es conocer desde el principio a sus personajes, y así el lector se ahorra fatigas y el autor sabe desde el principio el drama que le espera si no termina la novela del modo que ha prometido. Por lo tanto, ruego se me permita presentar a los principales personajes de esta historia. Por razones de respeto empezaré por el más importante y el más gordo, que se llama:

Leónidas Papper.

Leónidas Papper vestía unos pantalones color gris impecablemente cortados y una levita negra que hubiera dado envidia al mismísimo presidente de Estados Unidos. Lo malo era que no las había pagado aún. Llevaba también una flor en el ojal, la cual había sido arrancada de una maceta de la señora Gross; una cadena de oro y una cartera que estaba llena de papeles de periódico, pero que hacía muchísimo bulto.

En estos momentos el señor Papper estaba en su despacho, paseando de un lado a otro y dictando una carta a su secretaria.

La secretaria sí que vale la pena describirla, pero no lo hago porque a lo mejor el editor se asusta y luego no publica la obra.

Con las manos unidas a la espalda y resoplando cada tres pasos para darse importancia, el señor Papper decía:

—… Y de acuerdo con su grato pedido, nos complace anunciarles el envío de doscientos frascos de pastillas contra la peste bovina, los cuales recibirán por ferrocarril y libres de todo gasto. Nos permitimos…, ¡ejem!…, nos permitimos acompañarles factura, a la que no dudamos harán honor cuando se encuentre en

su poder la mercancía. La susodicha factura importa doscientos dólares.

Se detuvo y miró a la secretaria.

—Señorita Mills, ponga la despedida de costumbre y la siguiente antefirma: «El presidente de la respetable Compañía de Medicamentos Papper».

La señorita Mills dijo:

—Sí, señor.

Dejó el papel en que había tomado la carta en borrador y se dispuso a pasarla a limpio en un papel distinto.

En aquel momento se oyó un portazo en la habitación contigua, que daba a la calle, lo cual indicaba que alguien acababa de salir.

La secretaria musitó:

—Seguro que su prometida acaba de marcharse, señor Papper.

La actitud del muy honorable presidente cambió en cuestión de segundos.

Dejó de llevar las manos unidas a la espalda, dejó de sacar tripa, dejó de hacerse el importante y se lanzó de pronto hacia la secretaria, con una agilidad de un campeón de los juegos olímpicos.

—Nena, cásate conmigo.

—¡Pero, señor Papper…!

—Llámame Leónidas, chata.

—¡Pero señor Leónidas…!

—Nena, estoy chiflado por ti. Tienes unas piernas de campeonato; digo, un carácter estupendo. Tus ojos parecen dos luceros, y tus caderas, unos… unos… Bueno, pero lo importante son los ojos, créeme. Yo soy un tipo la mar de desinteresado. Cásate conmigo ahora mismo, nena, y nadarás en la abundancia.

—Pero señor Papper…

—Leónidas. Llámame Leónidas a secas, nena.

La chica bajó de golpe la falda que, sin darse cuenta, se le había subido demasiado al cruzar las piernas.

—Señor Leónidas —dijo, seriamente—, no olvide que tiene usted cuarenta y cinco años.

—Cuarenta y cuatro, nena. Acabados de cumplir.

—Y que tiene usted un estómago y una tripa más que respetables.

—Calumnias, reina mía, nada más que calumnias. Algunas

envidiosas a las que no hago caso han hecho circular el rumor de que estoy demasiado gordo, pero si te fijas bien en mí verás que mi figura es más esbelta cada día que pasa.

—Señor Leónidas, tiene usted un hijo de veinticuatro años.

—Eso es cierto. Y qué guapo es, ¿eh? Lo tengo como propaganda. Si quieres uno igual que la muestra, no tienes más que insinuarlo.

—Señor Papper, le voy a romper el tintero en la cabeza.

—Perdona, nena… No sé lo que me digo. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, en mi hijo. Lo que yo repito siempre es que no tengo que avergonzarme de él. Nació legalmente cuando yo estaba casado, y ahora hace muchos años que soy viudo.

—Pero está usted prometido con la señora Gross.

—¡No me menciones ese hipopótamo!

—Sin embargo, usted le ha dado palabra de matrimonio.

—La deshago en un momento, nena. Ahora mismo le escribimos una carta y le decimos que tú y yo nos hemos fugado a los bosques del Canadá.

—Yo no me fugo a ninguna parte, señor Papper.

—Si accedes a casarte conmigo, te cubriré de oro.

—¿Qué clase de oro, señor Papper?

—De sobra sabes que soy un caballero. De oro auténtico.

—¿Cómo el de su cadena, señor Papper?

—¡Leónidas! ¡Llámame Leónidas!

—Muy bien, Leónidas. ¿Cómo el de su cadena?

—Mi cadena es de oro legítimo. ¡Pesa un quintal!

—Pesaba, estimado jefe.

—¿Qué quieres decir?

—No soy tan tonta como para no darme cuenta de que la buena la vendió hace dos meses y se hizo fabricar una imitación.

Leónidas Papper, que creía que nadie se había dado cuenta del truco, quedó sin respiración.

—Bueno… —dijo, al cabo de unos instantes—. Lo hice por precaución. Los ricos tenemos que andar con tiento, ¿sabes? Así como las señoras se hacen preparar imitaciones de sus joyas más valiosas, yo hube de componérmelas para llevar una imitación de mi cadena, no sea que me roben la auténtica. Además, ése es un detalle sin importancia. Tú sabes perfectamente que mis negocios

van viento en popa.

—Soy su secretaria hace ya seis meses, señor Papper.

—¿Y… y qué?

—De sobra sé que si la señora Gross no pone dinero en su negoció, lo menos que le puede ocurrir a usted es que lo ejecuten por deudas.

—Pero mis medicamentos para el ganado…

—Desde que usted empezó a distribuir esos medicamentos, señor Papper, se puede decir que ya no quedan reses en todo el Oeste central. En el mejor de los casos, los animales ya no crecen después de tomar la medicina, pero lo normal es que den una voltereta normal tan aprisa que a veces incluso pillan al ganadero debajo.

Señaló un enorme cajón de madera, como los que ellos empleaban para transportar sus productos, y que estaba rigurosamente cerrado en un ángulo del despacho, con el nombre de Papper marcado en letras negras.

—Menos mal que alguien se ha dado cuenta a tiempo de que eso era nitroglicerina —siguió diciendo, acusadoramente, la señorita Mills—, y le han devuelto ese envío. ¿Por qué no lo abre? ¿Por qué no se cerciora de una vez de que ya no va a engañar más a los ganaderos, señor Papper? El día que un veterinario de verdad haga una investigación, van a colgarle a usted de tres sogas a la vez, amado jefe.

Papper estaba jadeante.

—Tus palabras me hacen perder la respiración, nena.

—Ponga un anuncio en los periódicos y a lo mejor alguien se la devuelve.

—No seas así, reina. ¡Te juro que bastará una sola palabra tuya para que yo envíe a la señora Gross a buscar oro a las minas de California!

—La señora Gross es la única salvación posible para su negocio.

—Pero si mi negocio va viento en… en…

—No siga, señor Papper. Sé de sobra que está usted haciendo una comedia.

—¿Una comedia… para quién?

—De cara a la señora Gross. Le interesa a usted dar una gran sensación de solvencia, para que ella no recele. Y de cara al gandul, batracio y archipámpano de su hijo, también le interesa que no

sospeche que está usted en la más pura ruina.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—No crea que no le admiro, señor Papper. En el fondo se ve que no es usted mala persona. Por culpa de su maldita medicina han muerto muchas reses y los ganaderos han amenazado con declarar la guerra civil, pero ésas son cosas sin gran importancia. En contraste, he visto que usted quiere sinceramente a su hijo, y que hace mil sacrificios para que él se dé la gran vida, y para que ni siquiera se entere de que no tiene un dólar. ¡Incluso el sacrificio de casarse con la señora Gross! Pero eso no significa que yo me vaya a enamorar de usted, señor Papper.

—Nena, nena mía…

—¡Ni nena ni narices!

—La señora Gross no significa nada para mí…

—Pues vaya con cuidado, porque ella ya debe estar mosca. Debe haber sospechado algo desde el momento en que usted ha tenido que trasladar las oficinas a su propia casa, por no poder pagar el alquiler de un despacho.

—La señora Gross es un caballo. Nunca sospechará nada.

—¿Y si llegara a sospechar?

—Le daría uno de mis frascos de medicina. Seguro que no vivía para contarlo.

—Es usted un asesino, señor Papper. Me da miedo.

Y, para huir de él, la chica dio un saltito, subiéndose un poco la falda para dar mayor agilidad a sus movimientos.

Y ahora sí que uno no puede resistir la tentación de explicar cómo era la dichosa secretaria.

La señorita Mills llevaba un vestido muy ceñido, pero cuya falda, por contraste, era ancha y evolucionaba con facilidad. Tenía el busto muy abultado, requeteabultado, abultadísimo, tanto que se decía en Kansas City que cada vez que doblaba una esquina primero pasaba aquello y luego, media hora más tarde, el resto de la señorita Mills. Total, que los hombres andaban locos por ella. Tenía unas caderas anchas y redondas, en forma de ánfora, y unas piernas largas y llenitas. Usaba medias negras y zapatos de alto tacón.

En fin, que Leónidas Papper terminó de perder la poca respiración que le quedaba.

—¡Nena!

—¡No insista, señor Papper!

—Si no me dejas que te bese, me comeré el cajón ése que ves ahí, el que acaban de devolverme.

—No sería usted capaz de tragarse una de las medicinas que contiene, señor Leónidas.

—¡No, eso no!

—Al menos ábralo. El cliente es capaz de haberle puesto dentro una bomba.

—Decirte lo mucho que te quiero es más importante, preciosa.

—Señor Papper, vuelva al trabajo.

—Nena…

En aquel momento se oyó retumbar otra vez la puerta de la habitación contigua. La señora Gross acababa de regresar.

Papper dio otro salto, volvió a adoptar su posición de hombre importante y abrió el cajón.

El muy maldito estaba bien cerrado, infiernos. Le costó una barbaridad poder levantar la tapa.

Y, de pronto, el muy honorable Papper, que estaba rojo por el esfuerzo, quedó mortalmente pálido.

Porque dentro de la caja había algo que él de ninguna manera esperaba.

Nada menos que un cadáver.

Jimmie Ellis.

Y vamos ya con el segundo personaje aunque éste no sea tan sugestivo como la secretaria de míster Papper.

Jimmie Ellis era joven. Tenía veinticuatro años y una fama tremebunda de no haber trabajado jamás.

Los hombros de Jimmie eran anchos y cuadrados, su cintura estrecha, su tez bronceada, sus músculos fuertes y siempre listos para entrar en acción… cuando se trataba de tender una hamaca entre dos árboles o de cazar una liebre para la comida.

Él decía que no trabajar es la mejor fórmula que existe para mantenerse en forma; y, a juzgar por su aspecto, el muy condenado tenía razón.

Después de vagabundear por todo el Oeste central, Jimmie Ellis acababa de llegar a Kansas City. Sus ropas no eran nuevas y estaban ya recosidas en algunos sitios, aparte hallarse cubiertas de polvo.

Las suelas de sus botas estaban desgastadas. El cuero de su silla relucía de puro gastado y puro viejo.

Con medio dólar que se había encontrado en la ruta de diligencias, Jimmie entró en el primer *saloon* que le salió al paso.

Era el más sucio y además el más caro, pero fue el primero que Jimmie encontró, y pensó que le daría demasiado trabajo encontrar otro. De modo que descendió del caballo, para lo cual estuvo casi cinco minutos, lo ató a la barra, para lo cual estuvo cinco minutos más y entró al fin en el *saloon*. No tuvo ni que empujar los batientes porque aprovechó el impulso de éstos cuando uno de los clientes acababa de salir.

Se acodó en la barra y pidió:

—Un vaso de *whisky*, amigo. Pero póngamelo bien cerca.

—¿Tiene miedo de que se le escape?

—Tengo miedo de que después me duela el brazo si he de alargarlo mucho.

El mozo se lo sirvió.

—¿Forastero?

—¡Uf!

—¿De muy lejos?

—¡Uf!

—¿Busca trabajo?

Ahora sí que Jimmie se animó como si le hubieran insultado.

—Oiga, ¿usted qué se ha creído?

—¡Hombre! No hay por qué asustarse. He visto que usted tiene buena planta y he pensado que tal vez le gustaría ir a cargar troncos al rancho de Cronin. Está buscando gente y paga bien.

—¿Cargar… troncos?

—¿No lo ha hecho nunca?

—Nunca. Y sepa usted, joven, que los troncos sólo sirven para apoyarse en ellos cuando uno está cansado.

Al mozo por poco se le cae al suelo la botella de *whisky* que sostenía en la mano derecha.

—¿Pero qué clase de tipo es usted? ¡Merecería ser presidente del *Club de los Vagos de Kansas*!

Jimmie se animó otra vez, pero ahora como si hubiese oído música.

—¿Es que aquí hay un club de vagos?

—Como lo oye.

—¿Y qué finalidad tiene?

—Sus socios hacen propaganda contra el trabajo y se ayudan mutuamente para no dar golpe jamás.

Los ojos de Jimmie se iban iluminando, como si la música que escuchaba ahora fuera celeste.

—¿Y… qué más?

—¿Le parece poco?

—¿Dónde está ese club?

—¿Es que quiere ir?

—Hombre… Si no tengo que andar mucho, sí.

—Está al otro lado de la calle.

—Caray, pero la calle es muy ancha.

Ahora el mozo tuvo que sujetar la botella con las dos manos para que no se le cayese.

—Escuche, amigo… Será mejor que pague por adelantado. ¿Le costaría eso mucho trabajo?

—No, ninguno… En previsión de eso, desde que encontré ese dólar lo llevo en la mano derecha.

Y lo dejó sobre la barra.

El mozo lo olió, lo mordió y terminó depositando el cambio consistente en cincuenta centavos.

Jimmie dijo:

—Oiga, amigo…

—¿Qué?

—Tengo mucho interés en eso del *Club de los Vagos*. Incluso le juro que estoy dispuesto a atravesar la calle, hoy hace buen día. ¿Pero cómo sabré qué casa es? ¿Hay algún rótulo en la puerta?

—Ninguno.

—¿Por qué?

—Pues por la sencilla razón de que costaba mucho trabajo ponerlo.

Los ojos de Jimmie se iluminaron.

—¡Ah, diablo! ¡Qué inteligentes!

El mozo alzó la cresta.

—Mire, amigo, lárguese de aquí antes de que se me acabe tumbado encima de la barra. Váyase al *Club de los Vagos* y ojalá encuentre por el camino una bala que le haga descansar

definitivamente de una vez.

—No le mato por no molestarme en sacar el revólver —gruñó Jim—. Y como no tenemos más que decirnos, ¡buenas noches!

—¿Por qué dice «buenas noches»? ¡Son las once de la mañana!

—Es que el día me resulta la mar de antipático porque todo el mundo trabaja. ¡Adiós!

Sin terminar su vaso, salió arrastrando los pies, desamarró su caballo y montó para atravesar la calle. Todo esto le ocupó la mar de tiempo, así como volverlo a amarrar en la barra frontera. Miró entonces con mucha atención en torno suyo.

De las casas que tenía enfrente una estaba llena de cochambre y no había sido reparada en muchos años, por lo que dedujo que aquélla debía ser la del club que a él le interesaba.

Tiró de la campanilla.

Nada.

Volvió a tirar.

Nada.

Aplicó el oído a la puerta.

Dentro se oían ronquidos.

Volvió a llamar, más fuertemente esta vez.

Se oyeron los pasos de alguien que arrastraba lentamente los pies, y la puerta se abrió para dejar ver, plantado en el umbral, a un tío en camiseta, con los pantalones medio caídos y barba de dos meses.

—¿Qué le ocurre? —dijo bostezando.

—Me han dicho que aquí tenía su sede un extraño club. El *Club de los Vagos de Kansas City*.

—Y acertaron.

—Me alegro, sí, señor.

—¿Y usted a qué viene?

—Mire, yo soy un vago.

—No me diga que quiere ingresar en el club.

—Lo deseo con toda mi alma.

—¿Sabe que aquí somos muy exigentes en la admisión de nuevos socios?

—Ya lo supongo.

—Es indispensable no haber dado golpe desde que uno era un niño de teta.

—Yo estoy en esas condiciones.

—¿No ha trabajado nunca?

—Nanay.

—¿Ni siquiera alguna vez, por necesidad?

—Nunca.

—¿De qué vive?

—¿Y usted?

El de la barba bostezó.

—Mire, todos nosotros tenemos algún pariente lejano que más o menos nos mantiene. Pero, además, el club dispone de algunos fondos que los vagos del país nos han ido legando. En resumen, ¿de qué vive usted, amigo?

—Cuando estoy medio muerto de hambre, cazo un poco. Si un caballo envejece demasiado, le devuelvo la libertad y echo el lazo a otro. La silla la heredé de mi padre, el revólver se lo birlé a un cadáver después de una pelea en Virginia City, y la ropa la obtengo de vez en cuando cambiándola por un bisonte o alguna pareja de liebres.

El de la barba pareció meditar unos instantes sobre el estupendo historial de Jimmie.

—De modo que usted quiere ingresar… —repitió.

—Acertó, amigo.

—¿Jura solemnemente que no moverá una silla ni aunque se incendie la casa?

—Juro.

El de la barba se rascó la tripa.

—Muy bien; entonces entre.

—¿Entrar?

—Sí, eso he dicho.

Jimmie pareció escandalizado.

—No, no… Yo no voy a proporcionarme una fatiga semejante. Haga el favor de decir que me entren.

El de la barba no pareció asustarse ante aquella pretensión. Hizo una simple seña.

—Eh, muchachos, venid a ahorrar fatigas a un nuevo compañero.

Dos tipos fornidos como bisontes, y también con barba de un par de meses, se acercaron arrastrando los pies.

Al verlos, Jimmie medio se dejó caer.

Lo tomaron por debajo de las axilas y lo llevaron al interior, que por cierto olía a cuadra.

—¿Adónde me lleváis, compañeros?

—A que veas al presidente.

Abrieron de un puntapié la puerta de una habitación, que por cierto no olía a cuadra sino a agua de rosas, y así fue cómo Jimmie conoció al presidente del club, un tipo llamado:

Jack «Tiger» Papper.

Éste es nuestro tercer personaje. Como seguramente habrá adivinado el lector se trata del hijo del honorable Leónidas Papper, aquel que según la suculenta secretaria no había dado golpe desde que nació.

Y, al parecer, tenía razón, como casi siempre suelen tenerla las mujeres.

Jack tenía el apodo de *Tiger* por su aspecto fiero y su piel dorada, del mismo color que suelen tener las de esos felinos. Sus cabellos eran de la misma tonalidad que la piel. Estaba sentado en un butacón y fumando un grueso cigarro mientras miraba al techo, pero sus músculos largos y fuertes denotaban que hubiera sido capaz de cargar troncos de resultar necesario.

Al ver entrar a Jimmie preguntó:

—¿Quién es?

—Un nuevo socio, señor.

Tiger le miró.

—¿De qué vives?

—De la caza, de la pesca y del cuento, señor presidente.

—Eso me parece bien.

—¿Y usted?

—A mí me mantiene mi padre.

—¿Su padre?

—El honorable Leónidas Papper. ¿No lo ha oído nombrar? Es inventor de una medicina contra la peste del ganado.

—¡Ah, sí!… Oí pronunciar ese nombre en Texas.

—Seguramente iban a dar a alguna calle el nombre de mi padre, ¿verdad?

—Me parece que no. Lo que hacían era levantar una horca.

Tiger arrugó delicadamente los labios, mientras sostenía el habano con dos dedos.

—Bueno, dejemos eso… Mi padre, pobre hombre, es un incomprendido. ¿Cómo se llama usted, amigo?

—Jimmie Ellis.

—¡Huy, qué nombre tan largo! Cuesta demasiado trabajo pronunciarlo. Le llamaré Jim.

—Como quiera, señor presidente. Para ahorrar esfuerzo, yo también le llamaré «señor presi».

—Veo que nos vamos a entender.

—Seguro, presi.

—Quedas admitido, diablos. —Se volvió hacia los otros dos—. Que a este amigo le traigan algo de comida con cargo a los donativos que hemos recibido este año. Acto seguido, puede tumbarse a dormir.

—Estupendo, señor presi.

En aquel momento se oyeron disparos en la llanura, pues la casa estaba completamente en las afueras de Kansas City.

Uno de los vagos preguntó:

—¿Abro la ventana para ver qué ocurre?

—No —decidió Jack Tiger—. ¿Para qué? A lo mejor os alcanza una bala y tendría el trabajo de enterraros.

Los dos tipos, siempre arrastrando a Jimmie, se largaron silenciosamente.

Vera Landis

Aquellos disparos no obedecían a una casualidad. Nadie estaba tampoco probando su rifle. Simplemente ocurría que ocho hombres armados estaban persiguiendo a un viejo y a una mujer.

La mujer se llamaba Vera Landis.

Para que el lector pueda imaginarla en un momento, bastará decir que era como la señorita Mills pero en más. Es decir, era más guapa, tenía más de aquello, más de lo otro, más de todo. Sobre todo su cara, a pesar de estar parcialmente cubierta por el polvo de la llanura, se adivinaba fina y tersa como una porcelana.

El hombre que galopaba junto a ella debía tener unos sesenta años.

Tiraba de vez en cuando contra los que les perseguían, pero sin

demasiada fortuna. No había alcanzado a nadie. En cambio, un proyectil disparado por uno de los ocho hombres le dio de lleno a él.

Cayó aparatosamente, mientras el caballo lanzaba un relincho.

La muchacha que galopaba con él no siguió adelante al verle doblarse sobre el polvo. Frenó su montura mientras ahogaba un grito.

A lo lejos se divisaban ya las primeras casas de Kansas City. Unas casas blancas y quietas, dormidas bajo el sol del mediodía.

Allí, a dos kilómetros escasos de la oficina del *sheriff*, iba a ocurrir aquello.

A muy poca distancia de la ciudad, donde sin duda debían haberse oído los disparos, iba a quedar tan sola y desamparada como si estuviese en una isla desierta.

Levantó la cabeza del viejo, cuyos labios estaban cubiertos de sangre y balbució:

—Sam…

—Esto se terminó… muchacha.

—No has debido protegerme hasta aquí, Sam… Debiste haberme dejado abandonada a mi suerte…

—Le prometí a tu padre… que te protegería…

—Ya ves que de nada ha servido, Sam…

—Sí, ya veo… Ellos… Ellos están aquí.

En efecto, los ocho jinetes llegaban ya. A excepción de ellos, la llanura estaba tan vacía como el desierto de Mojave. Frenaron sus caballos bruscamente para no arrollar al caído y a la muchacha que se encontraba arrodillada junto a él.

Uno de los jinetes musitó:

—Apártate, Vera.

Ella negó con un movimiento de cabeza. Sus ojos delataban terror, pero al mismo tiempo una indomable energía.

—No quiero.

—¡He dicho que te apartes!

—¡No lo conseguirás!

El que había hablado picó espuelas e hizo avanzar hábilmente su caballo, hasta que los remos de éste chocaron con Vera y la derribaron por tierra, apartándola del viejo.

Éste había logrado incorporarse a medias, y desde el suelo les

miraba despreciativamente.

—¡Pandilla de cob…! —empezó a decir.

El mismo hombre ordenó suavemente:

—Dadle, muchachos.

Los ocho jinetes dispararon a la vez.

CAPÍTULO II

La señorita Mills dio un saltito al ver la cara de muerto de su jefe, pero esta vez no consideró necesario levantarse en parte la falda.

Con rostro estupefacto miró por encima del hombro de Papper, quien seguía contemplando el interior del cajón.

—¿Pe… pero qué es esto? —balbució la señorita Mills.

—Ya lo ves, apenas un fiambre.

—¡Lo ha matado usted!

—¿Yo?

—¡Usted es un asesino!

—Pero, nena, si yo nunca he tocado un revólver…

—Ese pobre hombre debió probar por equivocación su medicina. Y ya ve el resultado: ¡el pobre ha muerto entre horribles convulsiones!

—Es extraño.

—¿Extraño? ¿Por qué? ¿Aún intenta justificarse, vampiro?

—Digo que es extraño porque ese fiambre tiene en el pecho un agujero del tamaño de un melón. Lo menos le han atizado con un arcabuz. De eso no tiene ninguna culpa mi medicina.

La señorita Mills examinó más atentamente el fiambre.

Al fin se convenció, aunque de ningún modo quiso dar su brazo a torcer.

—¡Pero reconozca que si llega a tomar su medicina el resultado hubiera sido el mismo! —gritó.

Papper fue a decir algo, pero de nuevo tuvo algo parecido a un síncope.

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó la señorita Mills, sujetándole para que no cayera.

Papper se agarró bien.

—Ese hombre… Ahora que lo miro con más atención…

—¿Es que le conoce?

—¿Que si lo conozco? No me he dado cuenta en el primer momento porque le han cambiado la cara, pero ese tipo era Joniffer, el representante de mis productos en todo el territorio de Arizona.

La señorita Mills se quedó de piedra.

—¿Es eso verdad, jefe?

—¿Que si es verdad? ¡Como que me llamo Papper!

—¡Entonces esto es terrible! ¡Resulta que su negocio está ligado al crimen!

Papper dijo, como si el cielo le hubiese caído encima:

—Y esto la liga a usted también, señorita Mills.

—¿A mí?…

—Usted es mi secretaria.

—Pero…

—Si yo me veo envuelto en el crimen y se me detiene, automáticamente quedará envuelta también usted.

La muchacha palideció.

—¿Quiere decir que… sería capaz de acusarme?

—Yo no. ¡Dios me libre! Pero la señora Gross seguro que lo hacía. La tiene a usted entre ceja y ceja.

La señorita Mills hinchó el busto, con lo cual estuvo a punto de derribar la pared frontera. Luego, se mordió el labio inferior y terminó poniendo la boquita en forma de piñón.

—Entonces eso quiere decir que…

—Debes ayudarme a desprenderme de ese cadáver —dijo sentenciosamente Papper, tratándola de nuevo con la mayor confianza—. Luego averiguaré quién cuerno me lo envía, pero lo importante ahora es hacerlo desaparecer. ¿Dónde podríamos enterrarlo?

—En ninguna parte. Ya sabe que desde que el alguacil Johnson fue enviado a su casa, dentro de un cajón el *sheriff* quiere inspeccionar personalmente todos los bultos grandes que salgan de la ciudad. Y sobre todo si ese bulto tiene algo que ver conmigo. ¡Pues no me mira poco, el tío!

—Entonces, eso significa que hemos de dejarlo aquí…

—Evidente.

—¡Pero dentro de poco empezará a oler, y entonces la señora Gross…!

—¡Dios mío! ¡Nunca debí acceder a trabajar con un tipo como usted! ¡Si se ve a la legua que es un asesino! ¡Un vampiro!

Para esquivar las acometidas de la chica, el honorable Papper se agarró a donde pudo, y la verdad es que el tío tuvo vista.

—¡Ya sé! —dijo de pronto—. ¡Acaba de ocurrírseme una idea!

La chica lo miró dubitativamente.

—¿Una idea a usted? No será la de abrazarme, ¿eh?

—No. Es una idea aún más salvadora que ésa. Llevaremos el cajón al *Club de los Vagos.*

—¿Por qué allí precisamente?

—Pues porque está cerca y además, nunca se preocuparán de abrirlo, ya que eso les daría demasiado trabajo. ¡Menudo lío van a tener! ¡Adelante, paloma!

—¡Manos a la obra!

CAPÍTULO III

El *sheriff* se atusó las guías de su solemne bigote y miró a los dos hombres que transportaban el pesado cajón de un lado a otro de la calle.

—Muchachos…

Los dos hombres se detuvieron. Los dos bizqueaban, de modo que el de la estrella no supo decir exactamente si le estaban mirando o no.

—Diga, amado *sheriff*.

—¿No sabéis que está prohibido llevar bultos fuera de la ciudad sin que mis agentes los inspeccionen?

—Este bulto no sale de la ciudad, amado *sheriff*.

—¿Ah, no? Pues, ¿adónde vais?

—A ese edificio de ahí. A dónde están esos tipos que no han trabajado en su vida.

—¿Al *Club de los Vagos*?

—Ujú.

—Ya les voy a dar yo a esos tipos en cuanto me suba la mosca a la nariz. ¿Y qué lleváis ahí?

—No lo sabernos, amado *sheriff*. Pero ojalá sea nitroglicerina.

—¿Quién os lo ha dado?

—El señor Papper. Son medicamentos de los que fabrica él.

—¿Medicamentos para ganado?

—¿Cómo lo sabe, *sheriff*? ¿Es que los ha probado alguna vez?

El de la estrella se mordió una de las guías del bigote, que le había caído sobre la boca.

—¡Vamos, entrad eso! ¡Y de paso voy a ver qué es lo que hacen esos vagos! ¡Seguro que si me mosqueo los pongo a todos a trabajar en una carretera!

Llamó estruendosamente a la puerta, que temblaba a causa de los ronquidos que se oían dentro.

Como de costumbre, tardaron mucho en abrir, y al fin apareció en el umbral el tipo de la barba y la camiseta.

—Hola, *sheriff*. ¡Qué sorpresa!

—Aparta de ahí, Burt. ¡Aprisa!

—Sin exagerar, *sheriff*, y sin precipitarse, que estoy cansado.

—¡Aparta he dicho!

El *sheriff* empujó al de la camiseta, que se quedó apoyado en la pared, y penetró en la habitación del fondo, la única aseada, y la cual por lo visto conocía bien.

Tiger estaba tumbado en un diván, leyendo un periódico de seis meses atrás. Al ver entrar al *sheriff* apenas movió la cabeza.

—Hola, digno representante de la ley.

—Menos bromas, Papper.

Los del cajón habían pasado también al interior, depositaron el bulto en tierra y se largaron.

Papper, hijo, alzó la cabeza un poco.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? ¿Hemos infringido alguna ley? ¿Hemos trabajado, por ejemplo, en día festivo?

—¡He dicho que menos bromas!

—¿Pero qué ocurre?

—¡Les voy a cerrar este antro!

—¿Con qué motivo?

—En Kansas City está prohibida la mendicidad.

—Nosotros no pedimos nada a nadie.

—Pero no se sabe de qué viven.

Tiger se fijó en el paquete con más atención. Al fin sus ojos se posaron en el cajón monumental que acababa de ser depositado allí.

—Ya lo ve, *sheriff* —dijo—. Vivimos de los regalos.

—Regalos, ¿eh? ¿De modo que su señor padre le regala medicinas?

Tiger se fijó en el paquete con más atención.

—Un cajón que viene de parte de mi señor padre, el honorable Leónidas Papper… ¡Ése sí que es un hombre, *sheriff*! ¡Ése sí que es un tío trabajador, honra y gloria de las instituciones cívicas de Kansas City!

—No le pregunto por su padre, sino por usted.

—Seguro que ese cajón contiene alimentos, bebidas y toda clase de golosinas, *sheriff*. ¿Quiere abrirlo?

—Ábralo usted mismo, Tiger.

—¿Yo? ¿No sabe que tengo prohibido trabajar? Fue lo último que me dijo mi médico antes de morir: «No des golpe, hijo mío, no sea que te pase como a mí…».

—¿Y qué le pasó a su médico?

—Que dio un golpe a un caballo salvaje y éste lo desnucó de una coz.

El *sheriff* lanzó una maldición.

—¡Abra ese paquete en seguida! ¡Y trabaje, infiernos!

Tiger se puso en pie de mala gana, para lo cual casi tuvo que dar un salto, porque de lo contrario hubiera pisado a Jimmie Ellis, que estaba dormitando debajo de su diván.

—¿De veras quiere que lo abra, *sheriff*?

—¡Y tan de veras!

Tiger demostró que tenía fuerza. Cualquier otro hubiera empleado mucho tiempo en levantar la tapa sólidamente clavada de aquel monumental cajón, pero él, con ayuda de un pedazo de hierro que empleó en forma de palanca, apenas estuvo tres minutos.

El *sheriff* fisgoneaba por la habitación en busca de pruebas de cualquier delito que le permitiera detener a todos los que vivían allí.

Tiger levantó la tapa y de pronto gritó:

—¡Ay, que me desmayo!

Puso la tapa otra vez en su sitio, dio una extraña voltereta y quedó sentado encima.

El *sheriff* se acercó al galope.

—¿Qué ocurre?

—Agua… Agua, *sheriff*. Me muero.

—¿Que te mueres tú?, Tiger sinvergüenza. ¿Y de qué te mueres, si puede saberse?

—De paperas. ¿No nota cómo se me hincha la cara, *sheriff*? Además las paperas son contagiosas. ¡Lárguese antes de que sea demasiado tarde!

Al *sheriff* se le atusaron solas las guías de su bigote.

—¡Quiero saber qué te ocurre, Tiger! —bramó al fin.

—Ya se lo he dicho. ¡Me muero!

—¿Qué has visto en ese cajón?

—Lo del cajón no tiene nada que ver. Me ha entrado de pronto una debilidad muy grande y…

—Vamos a examinar eso. ¡Apártate!

En aquel momento intervino Jimmie, quien había estado oyendo aquella conversación con sólo un ojo abierto.

—Oiga, *sheriff*…

El de la estrella lo miró.

—¿Quién es usted, granuja?

—Un invitado del señor Tiger.

—¿Otro vago?

—Hombre, eso según como se mire…

Mientras el *sheriff* hablaba, Tiger empujaba discretamente el cajón para hacerlo desaparecer de la estancia. Estaba a punto de conseguirlo cuando el *sheriff* se volvió de pronto.

—¡Eh! ¿Qué hace?

—Oh… Buenos días, *sheriff*… Como usted me había dicho que trabajara, yo trabajo.

—¿Pero no se estaba muriendo?

—He pensado que a lo mejor con un poco de ejercicio me pongo bien.

Volvieron a estirarse las guías del bigote del *sheriff*.

Y en aquel momento volvió a intervenir Jimmie.

—En lugar de preocuparse por la salud de mi amigo —gruñó—, más valdría que se enterase del porqué de los disparos que han sonado en la llanura hace poco.

—¿Disparos? ¿Qué disparos?

—¡Uf! Una verdadera traca.

—¿Dónde?

—Ahí en la llanura…

El *sheriff* arrugó la nariz.

—¿No me estará engañando?

—¿Engañar yo? —preguntó Jimmie, llevándose la mano al pecho—. ¿Cree que me tomaría el trabajo de decir una mentira?

El «sólido» argumento pareció convencer al *sheriff*, quien dudó unos instantes. Jimmie insistió:

—¿Por qué no sale a ver? Según lo que se ha oído, debe haber al menos una docena de muertos.

—Yo le acompaño, *sheriff* —dijo Tiger—. Ya ve si tengo entusiasmo por ayudar a la justicia, que hasta estoy dispuesto a montar a caballo y salir a la llanura.

—¿De verdad se han oído disparos?

—Se lo juramos, *sheriff*.

El *sheriff* se decidió.

—Está bien, vamos. ¡Pero como sea una broma les prometo por mi estrella que los meto a todos en la cárcel!

—De acuerdo, *sheriff*.

Cosa extraña, Jimmie y Tiger, a pesar de su condición de gandules, salieron antes que él.

CAPÍTULO IV

El cadáver estaba tendido boca abajo en la llanura, tostándose al sol. La tierra seca y ardiente ya había absorbido su sangre.

Parcialmente oculto por unos matojos, los tres hombres no lo vieron hasta encontrarse a muy poca distancia. Entonces el *sheriff* hizo un gesto para detener los caballos.

—¡Quietos!

Jimmie y Tiger se inmovilizaron también.

El cadáver no estaba solo, sino que lo acompañaban los cuerpos de dos caballos. Uno estaba ya muerto, mientras el otro se debatía en los espasmos de la agonía, sufriendo horriblemente.

Jimmie extrajo su revólver.

—¿Qué vas a hacer?

—Ese caballo sufre, *sheriff*. Y yo no puedo ver sufrir a un animal. Siempre he pensado que son menos culpables que nosotros.

Disparó una sola vez, alcanzando al caballo en mitad del cerebro. Sus espasmos cesaron instantáneamente.

El *sheriff* descendió de su montura y se acercó al cadáver del hombre, arrodillándose junto a él.

—Está muerto.

—¿Cómo no va a estarlo si al menos le han clavado ocho balazos?

El *sheriff* reconoció:

—Ha sido una carnicería.

—Ya ha visto que teníamos razón en lo de los disparos —expuso Tiger—. ¿Sabe quién era ese hombre?

—Ni idea. Pero, aunque viste ropas de vaquero, es ya bastante viejo. Yo diría que tiene aspecto de capataz de algún rancho; pero desde luego no es de ningún rancho de las cercanías.

Jimmie y Tiger se habían acercado también.

—Los caballos están cubiertos de polvo —dijo Tiger—, y no sólo a causa de la caída. El sudor ha hecho que el polvo se pegase a sus cuerpos. Debían galopar desde muy lejos.

—Eso es cierto.

—No han sido alcanzados directamente —musitó Jimmie después de examinarlos—, sino por rebotes de balas disparadas a muy corta distancia. Calculo que al menos eran ocho los tipos que han disparado. Además, fíjese en las huellas que hay aquí.

El *sheriff* miró en torno suyo.

—Así es. Una pequeña tropa.

—De gente desconocida, supongo.

—Si hubiera ocho asesinos juntos en mi territorio —dijo ostentosamente el *sheriff*—, ya estarían ahorcados, o al menos yo los conocería.

—¿No hay aquí guerra entre ranchos ni entre ganaderos?

—Por ahora, no.

—Entonces la cosa ha venido de lejos —susurró Tiger—. Y según los indicios tenemos unos ocho culpables y dos víctimas, una de las cuales ha sido raptada.

—¿Dos víctimas?

—Fíjese en el ángulo de entrada de las balas. Los tiradores apretaron los gatillos desde arriba, estando montados. Y no era de suponer que disparasen contra sus propios caballos, desde luego. Lo natural es que ésos fueran los caballos de las víctimas.

El *sheriff* se acarició el bigote.

—Entienden demasiado de balas ustedes dos.

—Verá, *sheriff* —dijo Jimmie—, es que han intentado matarme tantas veces…

—De todos modos reconozco que en eso de los disparos tienen razón.

—Y además la raptada ha sido una chica —mascculló Tiger.

—¿Por qué?

—Fíjese en la silla. Es mucho más ligera que la otra.

El *sheriff* por poco se arranca el bigote esta vez.

—Diablos, pues tiene también razón.

—¿Qué va a hacer, honorable representante de la ley?

—Por lo pronto trasladar el cadáver a Kansas City. Quiero que el

médico le dé una ojeada.

—De acuerdo.

Cargaron el cuerpo en el propio caballo del *sheriff*, doblándolo sobre la silla, y emprendieron el regreso hacia la ciudad. Pero el *sheriff* no se dio cuenta de que las miradas de los dos hombres estaban perdidas en el horizonte.

Como si los dos estuvieran pensando lo mismo a la vez.

CAPÍTULO V

El *sheriff* iba refunfuñando y maldiciendo como un condenado.

—Ahora que la ciudad empezaba a estar tranquila… Ahora que yo iba a hacer vacaciones y pensaba declararme en serio a esa endemoniada señorita Mills. Ahora que tal vez hubiera conseguido casarme… ¡Ahora justamente aparece una pandilla de vagos y un grupo de pistoleros en mi territorio!

Dio un golpe a su caballo en las ancas, para que corriera un poco más, y él le siguió a pie mientras continuaba maldiciendo para sus adentros:

—Si es verdad que son ocho no puedo enfrentarme a ellos… No tengo más que un ayudante bizco… Y si es verdad que han raptado a una mujer, cualquiera se la quita ya de las manos… En buen lío me han metido, ahora que las cosas empezaban a ponerse bien…

Alzó la voz para decir:

—¡Pero, todos esos gandules me van a ayudar! ¡A todos voy a plantarles una estrella en la camiseta y a nombrarles agentes extraordinarios les guste o no! ¡Me ayudarán a buscar a esos ocho facinerosos o los hago colgar antes de dos días!

Su mal humor iba en aumento a cada segundo que pasaba. Se volvió iracundo para decir algo a Jimmie y a Tiger, a los que había dejado tras él.

—¡Y empezaré por vosotros, pareja de…!

Se interrumpió de pronto, mientras la boca se le quedaba seca y los ojos le bailaban dentro de las órbitas.

—¿Pe… pero qué es esto?

Ninguno de los dos hombres estaba ya. Sus caballos también habían desaparecido. El *sheriff* se encontraba solo.

—¡De modo que se han escapado! —aulló.

Lo peor era que los dos tipos se habían esfumado con la mayor habilidad y sin hacer el menor ruido. Ni un par de ladrones comanches podían haber actuado con tanto sigilo.

El *sheriff* farfulló:

—¿Adónde infiernos habrán ido ese par de granujas?

Pero como él mismo no podía darse una respuesta, terminó encogiéndose de hombros y siguió su camino lanzando maldiciones.

Quince minutos después penetraba en Kansas City llevando sobre el lomo de su caballo el fúnebre paquete.

* * *

Jimmie y Tiger se miraron después de casi diez minutos de caminar con sus caballos por el suelo arenoso, donde todo rumor de pisadas quedaba ahogado inmediatamente.

Tiger masculló:

—Oye, tú…, ¿por qué hemos hecho esto?

—Pues… no sé.

—Parece que los dos hayamos tenido la misma idea.

—¿Y qué idea ha sido ésa, si puede saberse?

—Supongo que la de seguir las huellas de aquellos ocho granujas.

—Y rescatar a la chica que se llevaron, ¿no?

Los dos lanzaron una carcajada a la vez.

—Ha sido fácil despistar al *sheriff*, ¿eh?

—Ese tío refunfuñaba tanto que no se hubiera dado cuenta de nada ni aunque un regimiento de caballería hubiese pasado tras él.

Montaron en sus caballos, ya que ahora era absolutamente seguro que el *sheriff* no podía oírles.

—La verdad es que no sé por qué hemos huido tan sigilosamente —expuso Jimmie—. El *sheriff* no podía impedirnos que fuéramos allí donde nos diese la real gana.

—¡Quién sabe! Habría sido capaz de detenernos. El *sheriff* tiene muy malas pulgas desde que no le hace caso la señorita Mills.

—¿Quién es la señorita Mills?

Tiger lanzó una carcajada.

—La secretaria de mi padre.

—¿Quieres decir que tu padre la persigue?

—Pues algo así.

—¡Valiente sinvergüenza!

—Es viudo, no vayas a creer.

—¿Y a ella le parece mejor tu padre que el *sheriff*?

—Yo tengo la sensación de que a ella no le parece bien ninguno de los dos. Es una chica la mar de difícil.

—¿Y el *sheriff* está que rabia?

—Yo sólo sé que al menor pretexto que tenga me clava entre rejas por seis meses.

En aquel momento, siguiendo el camino arenoso por el que se habían desviado cuando abandonaron al representante de la ley, llegaron al pequeño conjunto de matojos que había ocultado los cadáveres.

Los de los caballos aún estaban allí, naturalmente. Y sobre ellos, en la lejanía, evolucionaban ya algunos puntitos negros.

—Buitres —gruñó Jimmie Ellis.

—Ellos harán el trabajo del enterrador —gruñó Tiger—. Bueno, ahora lo importante es seguir las huellas.

El trabajo resultaba muy fácil para dos hombres medianamente expertos. Las huellas de perseguidos y perseguidores estaban tan fuertemente marcadas que las posibilidades de confundirse eran casi nulas.

Incluso se apreciaba que los perseguidores, después de alcanzar a sus víctimas, habían regresado por el mismo camino.

—¿Adónde lleva esto? —preguntó Jimmie.

—No sé, no conozco bien la comarca.

—¿No has viajado por aquí? ¿No eres de Kansas City?

—Yo he merodeado por todo el Oeste; pero precisamente por Kansas City, no. Aquí me he dedicado a dormir, para ir teniendo fama de buen chico.

Jimmie le miró atentamente.

—¿Sabes? Tu cara me es conocida.

—¿Sí? ¿De qué?

—Ni idea, chico, pero tengo la sensación de que te he visto antes en alguna parte.

—Sería durmiendo la siesta debajo de un árbol.

—Todo es posible. ¡Maldita sea! ¡Si pudiese recordar…!

—No te preocupes. Hay muchos fulanos parecidos a mí en todo el Oeste.

Jimmie terminó encogiéndose de hombros, mientras sonreía.

—Si, así tiene que ser.

De pronto farfulló:

—Oye…, ¿sabes que estamos tras las huellas de ocho hombres nada menos?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Qué pasará si los encontramos?

—Pues… no había pensado en eso.

—Hemos seguido un impulso, ¿eh? Y a ninguno de los dos se nos ha ocurrido pensar que esa clase de impulsos sólo llevan a un sitio: la tumba.

Tiger volvió ligeramente la cabeza hacia él.

—Pero tú, al menos, sabrás tirar, ¿no?

—¿Yo?…

—¿Es que no has manejado nunca un revólver?

—Hombre, tanto como no manejar… Sé que hay una cosa llamada gatillo que se aprieta para que el cañón haga «¡pum!».

—¿Y eso es todo lo que sabes?

—Más o menos.

—Pues estamos aviados.

—¿Por qué?

—Yo creí que eras un buen tirador y me protegerías.

—¿Y en qué te fundabas para creer eso?

—¡Pché! Bien mirado, en nada concreto. Sólo en que tienes una pinta de granuja que tira de espaldas. Tienes toda la pinta de uno de esos fulanos a los que sólo han enseñado a manejar el revólver.

—Pues mira que tú…

—¿Qué tienes que decir de mi aspecto?

—Que si te ve el diablo se asusta.

Seguían las huellas de una forma maquinal, avanzando a través de la llanura.

Tiger gruñó:

—De modo que, el uno confiando en el otro, no somos más que un par de palomos a los que van a cazar en cualquier momento…

—En cuanto tropecemos con esos ocho individuos, me temo que sí. Estoy seguro —reconoció Jimmie—, de que cuando yo consiga poner las manos en la culata, ya me habrán llenado de plomo el cuerpo.

Tiger susurró prudentemente:

—¿Y si… volviéramos atrás?

—Me temo que ya es demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Mira.

Y la mano derecha de Jimmie indicó hacia un punto en la lejanía, entre dos colinas.

Las huellas seguían rectamente hacia allí, donde parecían morir.

Y precisamente en aquel punto se veía una casa completamente aislada en el silencio de la llanura.

CAPÍTULO VI

Los dos hombres quedaron como paralizados, inmóviles en la llanura. Dio la sensación de que ellos y sus caballos se habían convertido en piedra.

Durante largos minutos contemplaron aquella casa, en la que no se apreciaba la menor señal de movimiento.

Jimmie gruñó al fin:

—¿Qué debe ser aquello?

—Un rancho abandonado, seguro. Aún no está destartalado del todo, pero debe hacer tiempo que no lo habita nadie.

—De todos modos es seguro que ni las víctimas ni los perseguidores venían de allí. Los caballos estaban reventados, y nosotros apenas llevamos avanzando una hora en plan de paseo.

Tiger susurró:

—En efecto, estoy seguro de que no venían de allí. Pero lo más seguro es que se hayan ocultado en aquella casa, sobre todo si llevaban consigo una muchacha.

Los labios de Jimmie se apretaron sin que él mismo se diera cuenta.

—¿Quieres decir que…?

—No quiero decir nada, muchacho. Sólo que no me gustaría estar en la piel de esa chica.

Otra vez Jimmie se apretó los labios más fuertemente, hasta que dejaron de tener color.

—¿Qué hacemos, Tiger?

—Lo prudente sería irnos, ¿no? Tú mismo lo has dicho.

—Ninguno de los dos sabe tirar bien con revólver, pero…

—… Pero estás dispuesto a seguir, ¿verdad?

—Antes me comería las espuelas que dejar en un apuro así a una

mujer —dijo rencorosamente Jimmie.

Y los dos siguieron avanzando.

* * *

Las huellas, en efecto, morían en la casa.

Los dos hombres se acercaron lenta y cautelosamente, aunque de sobra sabían que debían haber sido vistos ya.

Tenían las manos sobre los revólveres, la mirada perdida en las ventanas sin cristales de la casa, que a cierta distancia parecían los descarnados ojos de un muerto.

Jimmie musitó:

—Ya nos deben estar espiando, ¿no?

—Seguro, muchacho.

—Y apuntándonos con sus rifles…

—¿Es que tienes miedo?

—Hombre, cuando los rifles le están mirando a uno no resultan simpáticos a nadie…

—Lo que debemos hacer es arrojarnos a tierra en cuanto suene la primera detonación.

—Si nos da tiempo…

Estaban ya a unas cincuenta yardas de la casa.

Jimmie gruñó:

—Quieren estar bien seguros…

—A esta distancia no falla ni un ciego, muchacho.

—¿Por qué no hacemos algo que estoy pensando?

—¿Es que aún tienes valor para pensar?

—Mira… Muertos por muertos, lo mejor es no estarse quieto. Propongo que nos peguemos a la silla de los caballos, de costado, y galopemos como flechas hasta las ventanas. Seguro que empezarán a disparar en cuanto nos movamos, pero al menos hay una probabilidad.

—No me parece mal…

—Pero hemos de hacerlo los dos a la vez. Y rápido.

—En cuanto yo diga tres.

—De acuerdo.

—¡Tres!

Los dos se pegaron instantáneamente a los flancos de sus caballos, con velocidad endemoniada, mientras clavaban los talones

sin espuelas para que los corceles se lanzaran al galope. Tuvieron la sensación de que inmediatamente oirían silbar las balas, pero llegaron junto a las ventanas en sólo unos segundos sin que, fuera del ruido de los propios caballos, se hubiera oído ni el vuelo de una mosca.

Los dos se dejaron caer al mismo tiempo y se pegaron cada uno al costado de una ventana distinta, mientras sacaban los revólveres.

Pero todo seguía en silencio.

Un silencio de tumba.

—Me parece que esta vez sí que hemos hecho los palomos —masculló Jimmie al fin.

—Los palomos son ellos.

—¿Por qué?

—Porque han volado, hermano.

Jimmie, sin pensarlo más, saltó por una de las ventanas, aun sabiendo que era una imprudencia y que podían volarle la cabeza.

Dentro olía a abandono. Todo estaba cubierto de polvo, y los escasos muebles eran poco más que un montón de astillas. Se adivinaba que aquello había sido un rancho próspero, pero estaba abandonado al menos desde dos o tres años antes.

Tiger saltó también.

—Mira —dijo Jimmie.

El polvo que cubría el suelo estaba repleto de huellas.

—Los fulanos esos han estado aquí, no hay duda. Seguro que han dado descanso a sus caballos y ellos mismos han pasado un rato a la sombra.

—¿Y… la chica?

—No es fácil que le haya pasado nada en este lugar. No parece muy acogedor, después de todo.

—Pero ¿adónde habrán ido?

—Eso lo sabremos por la dirección de las huellas. Seguro que siguen hacia algún sitio.

Revisaron el edificio, que no era muy grande y además estaba medio en ruinas. Luego salieron a la llanura por el otro lado, a través de una destartalada puerta.

Las huellas de los caballos estaban allí, pero seguían una dirección inexplicable.

—Van hacia Kansas City —musitó Tiger.

—A lo mejor.

—Hacia la propia oficina del *sheriff*… ¿Por qué, querrán meterse en un lío semejante? ¿O es que nada les da miedo?

Jimmie se inclinó de pronto y recogió algo del suelo.

—Mira.

Tiger miró. Era un retrato medio cubierto por el polvo. Un daguerrotipo hecho muy poco tiempo antes, a juzgar por la clase y el estado de la cartulina. Y ese daguerrotipo representaba el rostro de una mujer. Una mujer rubia, hermosa, dulce, con la mirada perdida en la extraña lejanía del horizonte.

CAPÍTULO VII

—¿Qué infiernos hacemos?

Jimmie tenía en la mano la foto de la muchacha, mientras su compañero miraba la espesa línea de huellas perdiéndose en dirección a Kansas City.

—¿Qué hacemos? —insistió—. ¿Crees que será ésta la chica?

—Hay grandes probabilidades de que sí.

—Entonces debemos seguir buscándola, ¿no? Se trata de un bombón.

—Un bombón rodeado de ocho pistoleros que quieren morderlo todos a la vez.

—Pero después de haberla conocido sería…

—… Sería inhumano abandonarla a su suerte, claro. Creo que los dos estamos pensando lo mismo, ¿no?

Montaron a caballo y se alejaron al galope en dirección a Kansas City, siguiendo el rastro que les marcaban las huellas.

* * *

Tiger masculló:

—Lo que no entiendo es qué infiernos han ido a buscar a la ciudad. Allí es donde corren mayor peligro, si lo que pretenden efectivamente es hacer algo feo con la muchacha.

—Yo tampoco lo entiendo, pero debe haber alguna razón.

—Supongo que el mejor modo de averiguarlo será metiéndonos en el ajo, ¿no te parece?

—Pues vamos a meternos.

Llegaban en aquel momento a las primeras casas de Kansas City. La primera y más destartalada era el edificio donde los vagos más

vagos de la ciudad tenían su vivienda.

Ambos jinetes se detuvieron. Miraron desorientados en torno suyo. Todo parecía tranquilo y apacible en la ciudad, como si en ésta no hubiese ocurrido nunca nada. Había pasado mucho tiempo y ya se insinuaban las primeras sombras del atardecer, pero no hacía sino reforzar la sensación de paz que daba el ambiente.

En aquellos momentos parecía como si Kansas City, en lugar de ser una población de turbulenta historia, fuese uno de esos lugares apacibles adonde se lleva a los niños para que aprendan a amar a la Naturaleza.

Todo respiraba calma, quietud, paz…

En aquel momento, Jimmie se quitó el sombrero de la cabeza, haciendo desde su caballo una especie de reverencia.

—¿Qué pasa? —mascculló Tiger.

—¿Es que no ves?…

Tiger miró hacia el fondo de la calle. Y vio entonces cruzar por ella la comitiva de un entierro.

Era un entierro de categoría, por lo que se podía ver. Lo componía un carromato descubierto de los usados normalmente para aquella clase de ceremonias, y sobre él se encontraba un ataúd que parecía de caoba o poco menos. Tras el carromato iba un grupo de veinticinco o treinta personas, cifra muy considerable si se tenía en cuenta lo poco que a la gente de Kansas City le importaba la muerte de un prójimo. Desde luego importaba muchísimo más la vida de una prójima.

Tiger susurró:

—¡Diablos! ¿Quién la habrá diñado?

—Desde luego tiene que ser un tío de categoría. Fíjate en el ataúd y en la gente que va detrás.

—Cualquiera diría que le envidias.

—¿Yo? A mí lo mismo me da. El día que me muera, no me voy a quejar ni aunque me coman los buitres.

Y se quitó el sombrero también, mientras veía pasar la comitiva. Los dos amigos permanecieron descubiertos hasta que el cortejo hubo atravesado la calle, esfumándose tras la próxima esquina.

—¿Adónde irían? —preguntó Jimmie—. Yo soy forastero en la población, pero desde luego no parece que vayan a ninguna funeraria ni a ninguna iglesia.

—Seguro que se dirigen directamente al cementerio.

—Ah, diablos…

—Bueno, no pensemos más en eso. Lo importante es encontrar a la chica del retrato.

—Sí, pero ¿por dónde empezamos?

—Habrá que darse una vuelta por todos los *saloons* de la ciudad. Alguien habrá visto a esos ocho hombres.

—¿Y si nos tropezamos con el *sheriff*?

—Seguro que nos lo tropezaremos, pero no podrá decir nada. No hemos cometido ningún delito… aún.

Descabalgaron ante el *saloon* más lujoso de la ciudad. Ahora se movían con más soltura, con más ligereza, como si hubiesen olvidado que eran un par de vagos.

El *saloon* empezaba a animarse, pero no estaba lleno ni mucho menos. Por el contrario, diríase que estaba anormalmente vacío.

Los dos amigos se acodaron en la barra, y en aquel momento vieron entrar casi de golpe a catorce o quince hombres que parecían la mar de alegres.

Todos se acodaron también en la barra y empezaron a pedir bebida a grandes voces.

Jimmie dio un codazo a Tiger.

—Oye…

—¿Qué hay?

—Esos tipos… son los mismos que iban la mar de tristes en el entierro…

—¿Qué dices?

—Sí… Yo me he fijado bien en algunos de ellos. Por ejemplo en ese de las barbas y en ese otro tuerto. Son caras que no se le olvidan a uno. Por lo visto alguien les ha pagado para que fuesen al entierro e hicieran bulto. ¿Es costumbre de aquí?

—Si los familiares del muerto son ricos y pueden permitirse ese lujo, a veces lo hacen.

En aquel momento, Tiger se fijó en cuatro tipos que habían entrado con los demás, pero que resultaban ligeramente distintos. Éstos eran jóvenes, fuertes, altos, llevaban dos revólveres cada uno e iban cubiertos de polvo casi enteramente.

Fue este último detalle el que más llamó la atención a Tiger.

—Fíjate. ¿Qué dirías que acaban de hacer esos tipos?

—Pues… pegarse una cabalgada de alivio.

—Como, por ejemplo, los que estamos buscando.

—Pudiera ser. ¿Probamos?

—Probamos.

Tiger se acercó a ellos con actitud más bien tímida.

—Buenas tardes, caballeros.

Los cuatro, como si fueran un solo hombre, le miraron a la vez con expresión displicente y aburrida.

—¿Qué quieres tú, renacuajo?

—Quisiera preguntarles si vienen de muy lejos.

—¿Por qué? ¿Se te ha perdido algo?

—Una chica.

—¿Una qué?

—Una chica rubia.

Los cuatro a la vez, siempre como si fueran un solo hombre, lanzaron una carcajada.

—¡Eh, muchachos! ¡Mirad al espantapájaros! ¡Busca a una rubia!

Todos los presentes, menos Jimmie, se pusieron a reír con una risita desmayada y temerosa. Daba la sensación de que no querían atraerse las iras de los cuatro pistoleros. Porque ahora ya no le quedaba ninguna duda a Tiger de que los cuatro hombres eran profesionales del «Colt».

—Una rubia como ésta —dijo.

Y sacó la fotografía que llevaba en uno de los bolsillos de su camisa, dejándola sobre la barra.

Los rostros de los cuatro hombres cambiaron casi a la vez. Sus facciones se tensaron sus brazos cayeron desmayadamente a lo largo de sus cuerpos, pero con las manos cerca de las fundas que llevaban extremadamente bajas.

Tiger, en cambio, siguió con la misma actitud demasiado descuidada, la mano derecha aún puesta sobre la fotografía.

Uno de los cuatro masculló:

—Lárgate, renacuajo.

—Supongo que no es ningún delito preguntarles por esa mujer. ¿La han visto?

—¡Hemos dicho que te largues!

Jimmie mismo, dándose cuenta de que su amigo no sabía apenas tirar, se colocó junto a él para tratar de disuadirle.

—Mira, chico, más vale dejarlo. La encontraremos de todos modos, ¿sabes?

Uno de los tipos bizqueó.

—¿De modo que sois dos?

—Yo lo que intento es disuadirle —susurró Jimmie—. A mi amigo no le gusta meterse en nada.

—Pues ya os estáis metiendo demasiado.

Jimmie trató de sacar a Tiger de allí.

—Anda, vámonos, muchacho.

Pero los cuatro hombres se abrieron en abanico, manteniendo las manos a corta distancia de las culatas. Era evidente su deseo de disparar.

Todos los presentes, excepto Jimmie y Tiger, se abrieron a ambos lados, dejando en el centro un amplio pasillo por donde las balas pudieran circular con toda comodidad.

Jimmie insistió:

—Vámonos… Quizá aún podríamos estar a tiempo…

Pero uno de los pistoleros gritó:

—¡Ya no estáis a tiempo de nada!

El dueño del *saloon*, que estaba pegado a la barra, se atrevió a decir:

—Eso sería un crimen, caballeros. Todo el mundo sabe que Tiger Papper no ha disparado jamás…

—Pero va armado, ¿verdad? ¡Pues que se defienda!

Miró a Tiger y gritó:

—¡«Saca»! ¡Y que tu amigo se mueva también!

A partir de aquel instante, y en unas pocas fracciones de segundo, los acontecimientos adquirieron una velocidad de pesadilla.

Jimmie y Tiger se encorvaron, mientras sus brazos se curvaban con una agilidad que dejó boquiabiertos a todos los presentes. La técnica que emplearon fue muy semejante: se dejaron caer uno por cada lado, mientras lanzaban un grito ronco y disparaban a través de las fundas.

Los cuatro hombres —que se movieron a la vez, como piezas de una misma maquinaria— llegaron a disparar.

Pero sus balas saltaron inútilmente hacia los costados y hacia el techo, por la sencilla razón de que, cuando llegaron a apretar los

gatillos, las manos ya pertenecían a unos hombres muertos.

Sin necesidad de palabras, Jimmie se encargó de los dos de la derecha, y Tiger de los dos de la izquierda. Las balas atravesaran cuatro corazones casi exactamente por el mismo punto. La muerte de los pistoleros fue instantánea.

Se habían producido en total ocho disparos. Cuatro por parte de los hombres que ahora ya estaban muertos y dos por cada uno de ambos amigos. Éstos no habían fallado una sola bala.

Entre la nube de humo y el acre olor a pólvora que ahora llenaba el *saloon*, los dos se pusieron en pie.

El dueño del local balbució:

—Pe… pero…

—Ha sido una casualidad… —balbució Tiger—. Una extraña casualidad… Todo el mundo sabe que yo no había disparado nunca… Todo el mundo sabe que soy el vago más granujiento que hay en todo Kansas City…

—Pues para ser un vago se ha movido con mucha rapidez… —balbució el dueño del *saloon*—. Ha sido asombroso… ¿Y su amiguito qué?

Pero el amiguito ya estaba sacando a Tiger del local, incluso dándole empujones.

—Salgamos de aquí, muchacho. Puede llegar el *sheriff* de un momento a otro, y entonces…

Cuando estuvieron en la calle, y apenas traspuestos los batientes, le atizó tal derechazo que Tiger cayó por tierra con los labios partidos.

—Eres el embustero y el granuja más grande que he visto en todos los días de mi vida —masculló Jimmie.

Mientras aún estaba hablando, Tiger se puso en pie con una rapidez verdaderamente endiablada, y antes de que el otro se diera cuenta le había atizado ya un zurdazo que lo envió dando traspiés hasta más allá de la esquina.

—¡Y tú eres el tunante más gordo que he encontrado en toda mi maldita carrera!

Jimmie se recuperó también en cuestión de segundos, a pesar de que el golpe recibido era de los que tumban a un bisonte.

Los dos se lanzaron al ataque al mismo tiempo, buscando cada uno de ellos conectar un cabezazo al estómago del otro, pero lo

único que consiguieron esta vez fue chocar y darse un testarazo que por poco hace retemblar el edificio entero.

Quedaron sentados uno enfrente del otro mirándose como alucinados, mientras se llevaban las manos a las cabezas, donde oían un sonido semejante al de las campanas de una catedral.

Jimmie sólo pudo balbucir:

—¡Cuernos! Tú eres un pistolero… ¡Me has engañado!

—¡Y tú también!

—Yo… Bueno… yo estuve preso en una cárcel de Nevada por desafíos ilegales. Me escapé de allí, y al oír lo de esa casa de los vagos pensé que en un sitio así nadie me buscaría.

—Y yo… —Tiger se rascó la coronilla—. Sobre todo que no se entere mi padre, pero mientras él creía que yo estaba estudiando en una Universidad del Este, en realidad era conductor de manadas en Oregón. ¡La de líos en que me he visto! Precisamente inventé lo de ese club de los vagos para que todo el mundo me tomara por un inútil y nadie sospechara que… que… bueno, que hay más de un *sheriff* que me busca.

En aquel momento oyeron a sus espaldas el vozarrón del representante de la ley.

—¿Han pronunciado ustedes la palabra *sheriff*, granujas?

CAPÍTULO VIII

Jimmie masculló:

—¡Atiza!

Sobre el entarimado de la acera se escuchaba ya el avance de las pesadas botas del *sheriff*. Éste venía hacia ellos con la mano depositada sobre la culata de su revólver, un «Colt» de fabricación especial que parecía uno de los cañones empleados en la batalla de Gettysburg.

—¿Han pronunciado mi nombre? —Gruñó—. ¡Je, je! Sospecho que esta noche alguien va a dormir en la celda más confortable de mi oficina, muchachos.

Los dos se pusieron poco a poco en pie, sintiendo que les dolían todos los huesos.

Tiger puso cara de tonto.

—Ju, ju… ¿Y qué hemos hecho nosotros, *sheriff*?

—Nada, pero podéis hacerlo. Y como vuestra actitud me parece más que sospechosa, ahora mismo voy a echaros el guante para que me hagáis compañía durante un par de meses.

E hizo ademán de prenderlos, alargando el brazo, pero los dos amigos dieron al mismo tiempo un saltito hacia atrás.

—Cuidado, *sheriff* —dijo Tiger—. Va usted a cometer una terrible ilegalidad. Podría costarle la estrella.

—¿Ah, sí?

—¿Por qué no lo piensa usted mejor, *sheriff*? —Se le ocurrió decir a Jimmie—. ¿Por qué no echa un trago mientras tanto?

Su intención era desorientarle unos momentos para poder escapar, pero su amigo le dio un codazo que por poco lo tumba.

—Podías haberle enviado a otro sitio, imbécil… —bisbiseó Tiger.

Jimmie se puso pálido, dándose cuenta de su error y al *sheriff* se le subió la mosca a la nariz al advertir el gesto.

—Conque a echar un trago, ¿eh?

Extrañado por el siniestro silencio que reinaba en el *saloon*, el representante de la ley dio un salto y penetró en el local, descoyuntando casi los batientes con el impulso de su cuerpo.

Lo primero que notó fue el acre «perfume» de la pólvora. Luego vio a los curiosos, pálidos como momias, y al fin sus ojos se posaron en los cuatro cadáveres retorcidos como muñecos.

Dio entonces un salto hacia atrás y lo único que se le ocurrió decir fue:

—¡Por Satanás!

Salió disparado del *saloon*, atravesando los batientes igual que un obús, y quedó detenido por la barandilla que limitaba el porche.

Los dos amigos le vieron salir.

Y adivinaron inmediatamente lo que había ocurrido. Adivinaron también que el *sheriff* no iba a creer una palabra de cuanto dijesen.

Por eso Jimmie gritó:

—¡Arrea, chico!

Los dos dieron al mismo tiempo un salto y quedaron en el centro de la calle, mientras el *sheriff* sacaba su pistolón. Menos mal que era un arma cuyo larguísimo cañón estaba media hora saliendo de la funda.

Cuando el de la estrella estuvo en disposición de tirar, ya los dos amigos habían llegado al porche frontero.

Una vez allí, Tiger tropezó con un orondo caballero que iba fumando un monumental habano.

—¡Apártese, botarate!

De pronto quedó lívido.

—¡Pero si es mi padre!

El honorable Papper, despistado como siempre, ya había abrazado a su hijo sin darse cuenta de lo que ocurría.

—Hola, hijo mío… No sabes la alegría que tengo al verte. Cuando un hombre tiene negocios tan importantes que el dinero ya no le importa, lo único que tiene valor para él es la familia. ¡Ejem! Hablando de negocios… ¿No tendrías por ahí un dólar, hijo?

Tiger estaba lívido.

—Mira, papá, hablaremos de eso en otro momento, ¿quieres?

—Te pagaré el ocho por cien de interés. Es para invitar a la señorita Mills.

—A la señorita Mills no la invito más que…

Iba a decir «yo», pero en aquel momento el *sheriff* soltó un trabucazo.

La bala se cargó media fachada del edificio frontero que era nada menos que el ayuntamiento de la ciudad.

Al honorable Papper sólo se le ocurrió preguntar, sin dejar de abrazar a su hijo:

—¿Pero qué pasa? ¿No eres amigo del *sheriff*?

Tiger se dio cuenta de que el representante de la ley cruzaba ya al galope la calle esgrimiendo su pieza de artillería. Pensó que al ir más lento, a él ya no le salvaba nadie.

—¡Sálvate tú, Jimmie! —gimió—. ¡Corre!

Jimmie pegó otro salto y desapareció tras la esquina como alma que lleva el diablo mientras el *sheriff* le enviaba otra andanada que dio en un ángulo del edificio e hizo temblar hasta los cimientos.

Jimmie corrió por la calle lateral como un meteoro, pensando que al próximo disparo el *sheriff* le alcanzaría de lleno.

El muy bestia estaba nervioso y dispuesto a defender su prestigio como fuera. La próxima vez era capaz de tirar a matar.

Por eso Jimmie no se concedió un minuto de reposo, y antes de que el *sheriff* pudiera doblar la esquina, él ya estaba remontando una suave colina a la salida de la ciudad.

El representante de la ley, en vista de que ya no podía cazarle, volvió grupas y encañonó con su pistolón a Tiger.

—Dese preso en nombre de la autoridad legalizada y competente.

—¡Qué bien le ha salido a usted la frase, *sheriff*!

—Menos broma y alce las manos antes de que me decida a volarle la tapa de los sesos en nombre de la ley.

Tiger dijo:

—Le propongo un trato, *sheriff*.

—Yo no me fío de nada.

—Lo que pienso proponerle es muy honrado. Escúcheme: usted guarda ese pistolón y me pone en libertad bajo fianza.

—¿Ah, sí? ¿Y quién le fía?

—Mi honorable padre, aquí presente.

El *sheriff* miró a Leónidas Papper.

—¿Usted qué dice?

—Yo sólo digo que si me presta usted un dólar, *sheriff*.

El de la estrella se volvió hacia su prisionero con ojos que despedían llamas.

—¡Pedazo de granuja!… —gritó.

Pero el pedazo de granuja ya había aprovechado la ocasión y corría como un condenado en dirección a la esquina.

El *sheriff* que ya había empezado a guardar su pistolón, lo sacó otra vez mientras lanzaba una sarta de maldiciones, sobre todo cuando el punto de mira quedó enganchado en la funda.

Tiger fue a doblar la esquina, pero entonces se dio cuenta de una cosa.

Su amigo había huido en aquella dirección; por consiguiente él tenía que huir en dirección contraria, porque la única posibilidad que tenían de escapar consistía en dividir la atención del *sheriff*.

Por tanto dio un fantástico salto y corrió hacia la otra esquina.

El de la estrella, que ya había sacado su pistolón, le largó una serie de trabucazos a los pies, buscando dejarle cojo y frenar así su carrera. Pero lo único que consiguió fue abrir en el suelo una serie de agujeros en cada uno de los cuales casi cabía un hombre.

—¡No dispare más, *sheriff*, o va a encontrar petróleo! —gritó Tiger.

Y desapareció como una exhalación por la otra esquina.

Estuvo corriendo como un loco hasta que le faltó el aliento, sin darse cuenta de que no hacía más que dar vueltas a la ciudad, sin alejarse ni media milla de su perímetro.

Fue en una de esas vueltas cuando vio aquello.

Aquello estaba en una ventana.

Y le hizo quedar sin respiración.

* * *

Jimmie, mientras tanto, había seguido corriendo y corriendo hasta que dejó atrás la colina.

Se dio entonces cuenta de que estaba en un lugar al que nunca hubiese querido llegar, sobre todo cuando anochecía.

El cementerio. El enorme, descuidado y siempre bien repleto cementerio de Kansas City.

Como aturdido, miró a su alrededor, paseando los ojos por encima de las lápidas a medio grabar y las escasas cruces, algunas de ellas tristemente inclinadas sobre la tierra.

Se le ocurrió entones pensar que aquél no era mal sitio, después de todo. Al *sheriff* no se le ocurriría nunca buscarle en el reino de los muertos.

¿Y si pasase allí la noche?

Pensando en eso, extendió la mirada hasta más allá de las lápidas. Y vio al fondo una casita donde había luz. Sin duda era la vivienda del guarda.

Se acercó allí y atravesó la puerta, que estaba solamente entornada.

Y entonces sintió como si su corazón diera un salto antes de quedar paralizado como el de un muerto.

CAPÍTULO IX

Aquello no era la vivienda del guarda, aunque seguramente éste pasaba algunas noches allí.

Era, en realidad, el pequeño depósito de cadáveres donde se guardaban los ataúdes que, por haber llegado demasiado tarde, no podían ser sepultados hasta el día siguiente.

Y allí había un ataúd.

El mismo ataúd que él había visto desfilar poco antes por las calles de Kansas City, sobre un adornado carromato y seguido por más de treinta tíos con cara de pena.

El ataúd estaba abierto. Y vacío. Dentro no había el menor rastro del cadáver.

El cadáver estaba fuera, pero sin duda no era éste el que correspondía al ataúd.

Porque el tipo pequeño, arrugado, con las manos agarrotadas a la altura del corazón y cara de infinito miedo, no podía ser sino el guardián del cementerio.

Jimmie, que era un tipo que también reflexionaba cuando hacía falta, puso en funcionamiento su cerebro y llegó a las siguientes conclusiones:

Primera, el ataúd no había contenido nunca un cadáver, sino un tipo demasiado vivo que quiso entrar en Kansas City dando el pego a todo el mundo.

Segundo, el tipo en cuestión había elegido para escaparse el depósito del cementerio, pensando que allí no le vería nadie.

Tercero, casualmente, estaba el guardián.

Cuarto, lo que no resultaba fácil era que el guardián, un tipo acostumbrado a ver muertos al fin y al cabo, la hubiese palmado de miedo.

Por eso Jimmie se acercó al cuerpo, le dio media vuelta y vio la causa de la muerte en la espalda del hombrecillo: una puñalada que le había penetrado entre las costillas, atravesándole el corazón tan certeramente que apenas había brotado sangre.

Una profunda arruga vertical dividió en dos la frente de Jimmie, mientras hacía un esfuerzo para comprender lo ocurrido.

Llegó a la conclusión, por otra parte bien sencilla, de que el tipo que había ocupado aquel ataúd era ni más ni menos que un asesino.

¿Pero quién? ¿Y por qué había querido entrar en Kansas City… de aquella manera?

Sin duda para que no le viera el *sheriff*. ¿Pero con qué objeto?

Jimmie comprendió que no podría averiguarlo en aquel momento.

Pero algo se le hizo patente: Los tipos que iban llorando detrás habían sido pagados por los cuatro pistoleros a los que ellos eliminaron. Los habían contratado para dar más sensación de entierro respetable. Y si aquellos cuatro tipos formaban parte del grupo de ocho que ellos estaban persiguiendo, no había duda de que existía relación entre una cosa y otra.

Jimmie se estaba dando cuenta de que el asunto tenía más importancia de lo que él había creído a primera vista. O al menos intervenían en aquello personajes más siniestros de lo que él pensó al principio.

Mecánicamente, casi sin darse cuenta de lo que hacía, recargó el revólver por completo.

En la casa no podía haber ningún ser vivo excepto él, porque constaba de una sola habitación y podía abarcar todos sus rincones con la vista.

De pronto oyó ruidos en el exterior.

Los ruidos muy leves producidos por alguien que se acercaba lenta y cautelosamente.

Jimmie asió el revólver por el cañón y levantó la culata mientras se pegaba a un lado de la puerta.

Los pasos se detuvieron en el umbral.

El que fuese, parecía vacilar antes de entrar.

Por fin se decidió.

Dio dos pasos más. Jimmie le atizó con todas sus fuerzas en la cabeza.

Lanzó un grito al ver caer a su amigo Tiger, quien no había tenido tiempo ni para lanzar un grito.

Jimmie se arrodilló junto a él, mientras soltaba una imprecación dirigida contra sí mismo. Le volvió, le dio unas palmaditas en la cara e intentó animarlo.

Por fin Tiger abrió los ojos. Tenía la mirada turbia.

Pero no dijo «idiota», «animal» ni nada parecido, sino que se limitó a decir con un gemido:

—¡Sé dónde está la chica! ¡La he visto! ¡La chica de la fotografía!

CAPÍTULO X

Jimmie aulló:

—¿Dices que has visto a la chica de la fotografía? ¿Dónde?

—En la ciudad, mientras daba vueltas para que no me atrapase el *sheriff*.

—Sí, pero ¿en qué sitio de la ciudad?

—En una ventana.

—¿Nada menos que en una ventana? ¿Y qué hacía ella?

—Me estaba mirando.

—¡Atiza!

—Mirando muy fijamente.

—¿Y no te ha dedicado una sonrisita?

—No. Estaba quieta y seria como una momia.

—¡Vaya!

Tiger miró a su alrededor y vio el fiambre.

—¿Y tú? ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Pues, por lo visto, algo muy sencillo. Lo del entierro fue un cuento chino. En realidad iba dentro un fulano que quería entrar en la ciudad sin que nadie le viese. Una vez aquí, el fulano ha salido, y el guardián se ha pegado tal susto que ha estirado la pata, ayudado, claro está, por una cuchillada que le ha llegado hasta el corazón.

Tiger sólo pudo repetir otra vez:

—¡Atiza!

—Lo que me gustaría saber es quién era ese buitre.

—¿No tienes ni idea?

—Sólo sé que debe estar relacionado con el asunto de la chica raptada, porque los fulanos a los que matamos en el *saloon* fueron los que contrataron a la gente para que hiciese bulto en el entierro.

—Muy bien, pero ese fulano, sea quien sea, se ha evaporado.

¿Qué cuerno hacemos ahora?

—Seguirle.

—¿A dónde?

—A la ciudad. Por fuerza ha tenido que ir allí.

—Pero nosotros no podemos. Si nos ve el *sheriff*…

—Hemos de correr ese riesgo.

—¿Sabes una cosa? No debía haber puesto nunca los pies en esta condenada ciudad. Hace media hora me veía en la cárcel, pero ahora me estoy viendo en la horca.

—Igual que yo.

—De todos modos, no podemos dejar las cosas así, muchacho.

—Seguro.

—¿Vamos?

—Vamos.

Y los dos amigos salieron del cementerio.

Claro que se les ocurrió que dentro de poco volverían quizá allí en forma de cadáveres, pero prefirieron no pensar en eso.

* * *

Cuando ya tenían casi al alcance de la mano las luces de Kansas City, Tiger gruñó:

—Oye, Jimmie.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Acabas de ver otra vez a tu rubia mirándote por la ventana?

—No. Se me acaba de ocurrir una cosa.

—Pues ya es raro que a ti se te ocurra. Vamos a ver. Desembucha.

—Pienso que el tipo que estaba en el ataúd no quería que le vieran por la ciudad.

—Eso está claro. ¿Y no se te ha ocurrido pensar nada mejor?

—Lo que se me ha ocurrido es que ese fulano no pudo venir a la ciudad ya metidito en un ataúd y con el entierro detrás. Los entierros salen de las ciudades, pero no vienen a las ciudades.

—Comprendo.

—Por consiguiente, él debió llegar a caballo y sin que le viese nadie.

—Seguro.

—Y buscó un sitio donde ocultarse.

—Eres un hacha pensando. Hasta ahora tus conclusiones son sencillamente asombrosas.

—Pero no encontró ese sitio. Se dio cuenta, quizá, que no había sitio seguro para él.

—Excepto uno: el depósito del cementerio.

—Ahí es donde quiero llegar.

—Pero, claro está, salir del sitio donde estuviera escondido y llegar hasta el cementerio, le resultaba imposible sin que nadie le viese.

—Exacto.

—Y por eso pensó lo del ataúd.

—Has acertado.

Jimmie recapituló:

—Pero él no podía comprar un ataúd y organizar un entierro sin que hubiera un muerto. Ya sabes lo que son esas cosas. Intervienen los de la funeraria y una serie de tipos a los que uno se la puede dar con queso siempre y cuando vean al menos un cadáver.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que el cadáver existía. Lo único ocurrido fue que el tipo del cual hablamos ocupó su puesto.

—¿Y el cadáver dónde fue?

—Eso es lo que me gustaría saber.

De pronto, Tiger se dio una palmada en la frente.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué tienes?

—El cadáver.

Jimmie hizo un gesto de mirarle los bolsillos.

—¿Dónde?

—¡Nos lo han traído a casa! ¡Es el que nos envió mi propio padre!

—¿Que…?

—A mi padre le enviaron un cajón con un fiambre dentro. A lo mejor el de uno de sus representantes, que había venido a visitarle y la diñó aquí, tal vez a causa de haber tomado una de las medicinas que estaba encargado de vender. Entonces esa banda porque no hay duda de que se trata de una banda, envió el fiambre a mi padre y dejó el ataúd vacante, limpio y en situación de ser ocupado.

—Y tu señor padre nos envió el fiambre a nosotros.

—Justo.

—Muy bonito, ¿no?

—Si a mi padre le encuentran un fiambre en la habitación, lo ahorcan. Tiene fama de haber causado más mortandad con sus medicinas que el general Sherman con sus cañones. Y, además, el *sheriff* y él están enamorados de la señorita Mills. Seguro que el *sheriff* sólo necesita media palabra para mandarlo colgar de una cuerda.

—¿Y tú? ¿No estás enamorado de la señorita Mills?

—Yo también. Y ella de mí, pero no se atreve a pensarlo en serio porque piensa que soy un vago.

—Y se equivoca, ¿no?

—¡Por ella soy capaz, incluso, de trabajar!

—Pues nuestro primer trabajo va a consistir en encontrar a la rubia a la que raptaron. Adelante. Tienes que llevarme volando al sitio donde la viste.

—Era allí.

Dieron la vuelta a la calle principal, sin llegar a penetrar en la zona iluminada de ésta, y se encontraron en un callejón donde estaban casi todas las cuadras públicas de Kansas City.

—¿Crees que aquí nos vendrá a atrapar el *sheriff*?

—No. Yo creo que nos estará buscando por las afueras.

—A ver. Señálame la ventana.

—Era ésa.

Tiger señalaba un rectángulo tras cuyos cristales no había más que la oscuridad. Ni rastro de la chica a quien buscaban.

—No está.

—Pues la vi ahí, seguro.

Jimmie pareció reflexionar.

—Ésa es la parte trasera de una casa elegante de la calle principal —dijo al fin—. No comprendo cómo pueden haber traído a la muchacha aquí, si ha sido raptada. Me parece demasiado atrevimiento.

—Pues estaba ahí.

—Si tan seguro te sientes, vamos a hacer una cosa. Entramos por esta ventana y averiguamos qué es lo que ocurre.

—Conforme.

Los dos amigos se situaron al pie de la ventana, que estaba al nivel de una planta baja, e intentaron levantarla. Pero la habían asegurado por dentro. No quedaba más remedio que romper los cristales si querían entrar.

—Eso hará demasiado ruido —musitó Jimmie.

—Tienes razón. Hemos de entrar sigilosamente. De ruidos, ni hablar. ¡El *sheriff* nos debe estar buscando como un loco!

Y los dos amigos palparon los cristales otra vez, buscando un punto flaco que les permitiera colarse.

No querían armar ruido.

Pero al tipo que estaba a su espalda le importaba poco tal cosa.

Era un tipo armado con un rifle, el cual levantó poco a poco, con el dedo sobre el gatillo.

CAPÍTULO XI

Fue el levísimo brillo en el cristal lo que advirtió a Tiger, quien en aquellos momentos estaba palpando la ventana.

El cañón del rifle, al reflejarse en el cristal a aquella corta distancia, produjo apenas como un parpadeo de luz. ¡Pero resultó bastante para que el joven se diera cuenta de que había alguien tras él! ¡Alguien que se estaba moviendo!

—¡Cuidado!

Dio un salto de costado, empujando a su compañero. Los dos rodaron por tierra en el mismo instante en que una bala astillaba los cristales de la ventana que ellos habían intensado abrir.

Aquella bala pasó tan cerca de la cabeza de Jimmie que éste sintió frío hasta el fondo del cerebro.

Los dos amigos empezaron a rodar por el suelo sobre sí mismos, armándose tal lío que, de no ser por la oscuridad reinante, el tipo del rifle los hubiera asado a los dos con la misma bala. Pero, aun así, el segundo disparo arrancó parte de la oreja izquierda de Jimmie quien empezó a lanzar maldiciones y a repartir sangre a cada movimiento de su cabeza.

—¡Calla, animal!

La advertencia había partido de Tiger, al ver que su enemigo, el del rifle, se ponía en pie para apuntarles mejor. Hasta aquel instante debía haber estado oculto tras la barandilla de un porche próximo. Tiger, apoyado en el codo derecho, hizo desde el suelo un solo disparo y el rifle de su enemigo saltó por los aires.

Era evidente que Tiger no quería matar, pero el otro sacó instantáneamente un revólver.

Tiger, que estaba en mala posición, perdió momentáneamente el equilibrio y cayó de bruces, quedando imposibilitado para disparar

con rapidez. Su adversario lanzó un grito, mientras tensaba el brazo a cuyo final estaba el revólver.

Ahora fue Jimmie el que tuvo que moverse.

Dominando el dolor que le causaba su herida, disparó desde el suelo a través de la funda, en difícil posición, y alcanzó a su enemigo en la parte izquierda del pecho.

Tiger masculló:

—Buena puntería…

—¿Buena? ¡Yo había apuntado hacia el lado derecho, animal!

Corrió hacia el caído, que se retorcía junto al porche después de soltar el revólver. Evidentemente, aquel hombre ya no les causaría más complicaciones. Había sido alcanzado muy cerca del corazón, aunque la verdad era que Jimmie no tuvo intención de matarlo.

Tiger le levantó la cabeza, para que pudiese hablar mejor.

—¿Quién eres?

El herido farfulló:

—¿Y a vosotros… qué os importa?

—¿Quién te ha mandado aquí?

—El que me paga.

—Oye, no estamos jugando a las adivinanzas. ¿Quién diablos es el que te paga?

—Nunca… lo sabréis.

—Podríamos llamar a un médico y salvarte la vida —advirtió Jimmie—. Si no hablas, te dejaremos reventar.

El tipo improvisó una sonrisa macabra.

—Sé que voy a reventar de todos modos… ¡Maldito sea mil veces aquel reflejo en el cristal! Os hubiera apiolado a los dos tranquilamente… Pero me habéis alcanzado bien. No vale la pena llamar a un médico porque sé que lo único que haría él… sería ayudarme a morir más pronto… Pero no conseguiréis que hable…

—¡No queremos matar a nadie! —aseguró Tiger—. ¡Sólo pretendemos salvar a la mujer!

Al herido se le cayó la cabeza de lado, pero aún pudo conseguir mirarlos de reojo a los dos.

—La mujer… —farfulló.

—¡Sí, la mujer! ¿Es que la conoces? ¿Dónde está?

El herido no debió entender bien.

—Está imponente —dijo, sencillamente—. Es una morenaza.

Y se murió tan tranquilo.

Jimmie miró a Tiger recelosamente, mientras soltaba la cabeza al difunto.

—Una morenaza… —Gruñó—. ¿Y qué habías dicho tú, cara de camello? ¿No habías dicho que era una rubia?

CAPÍTULO XII

En aquel momento, en la casa junto a la cual estaban los dos amigos, ocurrían cosas que éstos no podían ni imaginar siquiera.

En la casa, una de las mejores de la ciudad, vivía el juez Hufford, que era una auténtica autoridad legal y moral en Kansas City. Y en la misma casa tenía su despacho.

En aquel momento había allí varias personas reunidas.

El juez, su secretario, cuatro hombres y dos mujeres.

El secretario, un cincuentón, con abultada tripa y cara de conejo, estaba redactando un documento.

Levantó la cabeza para preguntar, mientras se ponía muy pálido:

—¿No se han oído disparos?

—Voy a ver —dijo uno de los hombres.

Por descontado, los disparos se habían oído. Eran los que Tiger y Jimmie acababan de dedicar a su enemigo, el del rifle. Por eso el hombre se dirigió sin vacilar hacia la parte trasera de la casa.

Miró disimuladamente por la ventana.

En el porche frontero vio a los dos amigos, que intentaban sacar unas palabras del que ya era casi un cadáver. Los dos estaban de espaldas y resultaban un maravilloso blanco para el hombre, quien, además, podía disparar desde uno de los cristales astillados.

Silenciosamente, extrajo el revólver. Apuntó primero a Jimmie, que era el que le parecía peor situado.

En aquel momento, Jimmie se puso en pie. El hombre del revólver tuvo una crispación.

Pensó que podía alcanzar a Jimmie con seguridad, pero tal vez el otro conseguiría volverse. Y debían ser muy veloces con el revólver, desde el momento en que habían conseguido eliminar al riflero que él les puso detrás. El hombre sintió que el frío del miedo

subía por su columna vertebral poco a poco, muy poco, a poco.

Comprendió que la oportunidad de la sorpresa había pasado ya.

Ahora tal vez podría matar a uno de los hombres, pero el otro quedaría con vida y pretendería entrar en la casa. Y lo que iba a ocurrir en ésta era muy importante, tanto que valía la pena cualquier sacrificio con tal de que nadie lo estorbase.

El hombre se limitó a hacer una cosa: Cerró los postigos metálicos para que nadie pudiera penetrar por aquella ventana.

Tiger oyó el ruido y se volvió.

—¿Qué ha sido eso?

—Alguien ha cerrado desde dentro los postigos de esa ventana —susurró Jimmie.

—Entonces, seguro que nos han visto.

—Seguro. ¿Qué hacemos?

—Vamos a dar la vuelta y salir a la calle principal. Quiero ver de quién es esa casa.

El hombre que había cerrado iba, entretanto, silenciosamente hacia el escalón principal, guardando el revólver.

Era un tipo digno de ser visto, un hombre que hubiera llamado la atención en cualquier sitio.

Quizá porque una bala disparada desde un costado le arrancó parte de los labios en su juventud, el tipo enseñaba todos los dientes en una mueca que le daba un aspecto muy parecido al de una calavera. Tenía los pómulos salientes y los ojos hundidos, pero en éstos brillaba una luz febril, demoníaca. Era alto e iba impecablemente vestido. Llevaba siempre guantes, para disimular que le faltaba parte de su mano izquierda.

Un tipo, en resumen, que hubiera sido reconocido en cualquier lugar del Oeste, sobre todo porque en todo Kansas había numerosos carteles poniendo preció a su cabeza. Le llamaban *Calavera* Hudson.

No resultaba extraño, pues, que *Calavera* Hudson hubiese empleado la artimaña de introducirse en un ataúd, para ir de un lado a otro de Kansas City.

Cuando volvió al salón, hizo un gesto a sus tres hombres, los cuales asintieron silenciosamente.

Se daban cuenta de lo que aquello significaba: Había qué darse prisa, había que aligerar.

Uno de ellos se acercó al secretario, que estaba terminando de

redactar el documento.

—Tú, termina —dijo en voz perfectamente normal, mientras le clavaba un revólver en las costillas.

La cara de conejo asustado del secretario se volvió de color amarillo.

—Ya me amenazó antes… —pudo balbucir—. No es necesario que ahora insista. Me doy toda la prisa que puedo…

El juez miró hacia allí, pero a pesar de tener a dos pasos el revólver que amenazaba a su secretario, no hizo ningún gesto.

Era como si no lo viese.

Y, en efecto, no lo veía.

Calavera Hudson encendió un fósforo, lo dejó caer como por descuido junto a la mano del juez y éste sólo la retiró en el último segundo, con una lentitud de reflejos que era más propia de un cadáver que de un ser vivo.

Calavera masculló:

—Perdone.

El juez estaba quieto, impasible, como una esfinge.

¿Qué edad tendría? Quizá noventa años. Era una institución en Kansas City y nadie se había atrevido aún a obligarle a abandonar el cargo, pero la verdadera autoridad judicial no existía, y eso lo sabía el *sheriff* mejor que nadie. Era él quien dictaba sentencia y quien se limitaba simplemente a ponerla ante los ojos del juez para que éste la firmase.

Y el juez, a pesar de estar casi ciego, firmaba lo que le ponían ante los ojos.

El secretario se puso en pie.

—Señor…

—¿Qué hay, Charlie?

El secretario tenía que acercarse mucho, y el juez adivinaba lo que decía por el movimiento de sus labios más que por otra cosa.

—Los aquí reunidos van a aceptar una herencia y luego realizar una venta. Los documentos ya están listos.

—A ver, explícate.

El secretario sintió el cañón del revólver apretando sus riñones. Balbució lentamente:

—Las señoritas Spaak son herederas del señor James Spaak, que falleció hace unos meses. Aquí está el testamento, que es válido en

todo el estado.

El secretario puso un papel sobre la mesa, ante los ojos cansados del juez.

—Bien —dijo éste.

—Las señoritas Spaak aceptarán la herencia y podrán por tanto pasar a ser legítimas propietarias del rancho, que es, quizá, el más importante de todo Kansas, una vez estampada su firma al pie del documento de aceptación. Es éste.

Puso otro pliego de papel ante los ojos del juez, que esta vez intentó mirarlo con cierto detalle.

—Pero aquí ya hay una firma… —dijo.

—Es la firma de la menor de las dos hermanas, la señorita Irene —dijo el secretario, con un leve temblor en la voz.

—¿Por qué no ha sido puesta ante mí?

La presión del revólver volvió a acentuarse.

—Lo ha hecho en mi presencia —balbució el secretario—. La señorita Irene Spaak se ha sentido repentinamente enferma, y para no aplazar este acto he preferido que firmara ya. Así no tenemos que reunirnos otro día.

El juez se encogió de hombros imperceptiblemente.

—Lo que te parezca, Charlie.

Charlie, siempre sintiendo la muerte a su espalda, continuó:

—E inmediatamente las señoritas Spaak venden su propiedad al señor Hudson, aquí presente. La escritura también está lista, y debidamente firmada por la señorita Irene.

El juez, con un aire lejano e impersonal, susurró:

—¿Precio?

—Medio millón de dólares.

—¿Medio… millón?

—Ya he dicho que es uno de los ranchos más importantes del estado, señor.

—¿Y este caballero…, este tal Hudson, lleva encima una suma tan importante?

—El precio ya ha sido pagado —se apresuró a decir Hudson—. Ellas mismas lo confiesan así en el documento. Bastará la firma de todos y el visto bueno de usted, señor juez, para que la operación quede terminada.

El juez volvió a encogerse de hombros con un gesto casi

imperceptible.

—Lo encuentro correcto. ¿Dónde está la señorita Spaak?

—Ahí.

La mirada del asustado secretario fue hacia la morena de busto jadeante, de poderosas curvas, que estaba sentada ante la mesa, flanqueada por dos esbirros de Hudson.

Claro que el juez no sabía quiénes eran aquellos hombres. Suponía que eran testigos como los que normalmente se presentaban para aquella clase de actos.

Tendió una pluma con mano insegura.

—¿Quiere firmar, señorita Spaak, si la escritura es de su conformidad?

Calavera Hudson se inclinó sobre la muchacha y bisbiseó:

—¿Vas a dudarlo, Gizel? ¿Quieres que hagamos con tu hermana lo mismo que hicimos con tu capataz?

Las manos de la muchacha temblaron.

Aún llevaba sobre sus ropas el polvo de que se habían impregnado al caer en la llanura, después de la satánica persecución, cuando los ocho hombres la rodearon y asesinaron a su capataz.

—Nos mataréis igualmente —balbució.

—¿Para qué queremos causaros daño después de tener el rancho? —musitó Hudson—. ¿Por qué complicar las cosas?

Aun sabiendo que *Calavera* Hudson jamás había dicho una verdad, Gizel comprendió que en aquel momento no tenía más remedio que creerle.

Al menos cabía la posibilidad de que les respetaran la vida, mientras que si no firmaba, la matarían con toda seguridad.

Pero todavía susurró:

—¿Por qué no está aquí mi hermana? ¿Por qué ese interés en que haya firmado antes?

—Tu hermana es nuestra garantía —bisbiseó Hudson—. Si tú no firmas, siempre podemos exterminarla a ella para convencerte. Su firma ya no nos hace falta, recuérdalo.

Gizel tuvo un violento presentimiento.

—Demasiado sé que eres capaz de hacerlo —susurró.

Tomando la pluma, puso su firma al pie del documento.

El juez se extrañó:

—¿Ni siquiera lo lee?

—La señorita ya conoce las condiciones —explicó *Calavera*, queriendo sonreír, lo que transformó su rostro en una máscara horrible—. Ahora firmará la venta.

En efecto, Gizel lo hizo.

El juez rubricó los papeles con mano temblorosa.

—Ahora ya es todo legal —dijo, débilmente—. Pueden retirarse si lo desean.

«Todo es legal», pensó Gizel, con angustia. Uno de los mayores robos de la historia de Kansas acababa de tener lugar ante un juez viejo y casi ciego y ante un secretario con un revólver clavado a la espalda. Pero ahora ya era todo inútil. Ahora ya no le quedaba ni el recurso de llorar.

—¿A cuánto ascienden sus derechos? —preguntó *Calavera* Hudson.

—A veinte dólares.

Hudson depositó sobre la mesa una moneda de cincuenta y recogió los documentos.

—Acompáñenos —pidió al secretario.

Éste había palidecido como un cadáver.

Gizel se puso en pie, también mortalmente pálida.

—¿Puedo abrazar a mi hermana? Antes sólo me la han enseñado por un levísimo resquicio de la puerta, para demostrarme que estaba aquí. ¿No me dejarán hablar con ella un instante?

—Claro que sí, nena… —dijo suavemente Hudson—. Claro que sí, preciosa.

CAPÍTULO XIII

Jimmie y Tiger, caminando cautelosamente, dieron la vuelta al edificio y se plantaron ante su fachada, que daba a la calle principal.

En aquella zona había mucha luz, y por tanto hubieron de avanzar pegados a las paredes para no llamar la atención de nadie, pensando lo catastrófico que sería un nuevo encuentro con el *sheriff*.

Tiger se acercó a la puerta.

—Mira la placa, Jimmie. Es la casa del juez.

—Pues vamos de mal en peor, muchacho. Del *sheriff* al juez y del juez al *sheriff*.

—Y no olvides que también hemos tenido algo que ver con el sepulturero.

—Te juro que yo estaba durmiendo la siesta. ¿Por qué se nos habrá ocurrido meternos en esto?

—No hay que lamentarse. Ahora ya estamos metidos.

—¿Qué hacemos para salir?

—No seas pesimista. Seguro que tú y yo morimos de viejos. Pero la verdad es que ardo en deseos de saber quién está en esa casa.

—Y yo.

Jimmie se acercó a una de las ventanas, la cual estaba cubierta por unas cortinillas en el lado interior. Pero, pegándose al cristal, podía ver un poco de un despacho mal iluminado donde había varias personas. Dos de ellas le llamaron inmediatamente la atención.

Una de ellas fue la morenaza, claro.

Y la otra, aquel tipo siniestro que enseñaba todos los dientes en una mueca macabra, aunque no quisiera sonreír.

Jimmie masculló:

—¡Atiza!

—¿Qué ocurre?

—Es *Calavera* Hudson.

—¿Nada menos que ese buitre? ¿Y qué puede hacer aquí? ¿Sabes tú lo que era ese buitre antes de dedicarse a vivir del gatillo?

—No. ¿Qué era?

Tiger dijo lentamente, dejando caer la palabra como si ésta pesase en el aire:

—Embalsamador.

CAPÍTULO XIV

Fue *Calavera* Hudson el que se acercó en primer lugar a la puerta.

La mueca horrible que siempre deformaba su rostro se había hecho más ancha; uno que le conociese bien habría podido adivinar que estaba sonriendo, pero Gizel no lo adivinó. Para Gizel aquello fue simplemente la mueca de un monstruo.

El hombre se detuvo ante la puerta.

—¿De veras quieres ver a tu hermana?

—Es lo que más ansío en el mundo. Cuando las dos huimos del rancho por caminos distintos para no ser atrapadas por tu gentuza —recalcó amargamente la palabra—, yo tuve la insufrible sensación de que nunca más volvería a ver viva a Irene. Ahora sé que al menos vive, pero quiero abrazarla. Y también quiero algo más, Hudson.

La horrible sonrisa de Calavera se hizo más amplia.

—¿De veras? ¿Algo más?

—Quiero que Irene venga conmigo.

—¿Por qué?

—Ya has conseguido lo que querías de nosotras —musitó Gizel —. Durante años ambicionaste un «golpe» que te permitiera retirarte como un hombre rico y sin arriesgar absolutamente nada. Estabas cansado de correr peligros en los asaltos a los Bancos y las diligencias, ¿no es verdad? Querías algo productivo, algo incluso «legal», que no te proporcionara ningún riesgo.

—Así es —dijo oscuramente Hudson—. ¿Tiene algo de particular?

—No, no tiene nada de particular, excepto en que pensaste la canallada más grande de toda la historia de Kansas.

—En la historia de Kansas hay muchas canalladas y muchos

canallas, muñeca —dijo Hudson—. ¿Vas a hacerme el honor de creer que yo soy el mayor de todos?

—Sí, porque asesinaste a mi padre, al fin y al cabo un viejo indefenso. Y porque quisiste raptarnos para traernos aquí, donde sabías que el juez no podía darse cuenta de nada.

—Pero vosotras fuisteis muy listas. Huisteis antes, con la esperanza de avisar al *sheriff*.

—Pero tú y tu cuadrilla de granujas no me dejasteis llegar demasiado lejos. ¿Para qué voy a recordártelo? Matasteis a mi viejo capataz, que era el único hombre que se había atrevido a acompañarme. Pero ahora todo es tuyo, *Calavera* Hudson, maldita víbora. Has conseguido un golpe «limpio», que es lo que tú querías. ¿Qué vas a buscar más? ¿No vas a permitir que al menos me lleve a mi hermana? Sabes perfectamente que ella es casi una niña y que está enferma. Sabes que…

Hudson la interrumpió con un suave movimiento.

—Basta. Vas a hacerme llorar…

—Sabía que eras un desalmado, Hudson, pero no sabía que también fueras un cínico. No tienes necesidad de burlarte de mí.

—¿Por qué? Lo único que pretendo decirte es que puedes llevarte a tu hermanita. Yo para nada la quiero.

Gizel parpadeó.

—¿De veras?

—¿Y por qué no?

—¿No vas a hacer nada contra nosotras? ¿Vas a permitir que nos vayamos?

—Voy a hacer más. Te exijo que te lleves a tu hermana. Y hasta os proporcionaré un carromato con un caballo para que podáis llegar bien lejos sin cansaros demasiado.

En el rostro dulce, y hasta en cierto modo ingenuo de Gizel, el asombro fue sustituido por una especie de gratitud.

—¿Vas a hacer eso?

—Seguro, muñeca.

Empujó la puerta y dijo:

—Entra.

Irene estaba sentada en un sillón, con la cabeza muy rígida. Lo único que extrañó a Gizel fue que se encontrara exactamente en la misma postura que cuando la vio antes, por el resquicio de la

puerta.

Pero ésa fue una sensación rapidísima, fugaz, que no llegó a transformarse en un pensamiento.

Corrió hacia Irene.

Tendió sus brazos para estrecharla en ellos, y de pronto se detuvo como si hubiera chocado contra un muro de cristal.

Sus facciones quedaron lívidas, sus ojos se abrieron horriblemente, con una expresión a la vez de asombro y de terror.

Sus dedos se engaritaron en el aire.

Lanzó un tenso grito de agonía y cayó a tierra, fulminada, como si estuviese muerta.

Capítulo XV

Calavera Hudson lanzó una carcajada brutal, una espesa carcajada que sonó como una cuchillada en los tímpanos doloridos de la muchacha.

Ésta, en el suelo, tuvo un espasmo y estuvo a punto de perder el sentido, pero Hudson la reanimó de un brutal puntapié propinado en el vientre.

—Creías que tu hermana estaba viva, ¿verdad? —dijo, mientras seguía riendo—. Creías que te esperaba ahí, quietecita, para marcharos luego juntas, ¿no? ¡Pues ya es hora de que sepas que tu hermana murió a los pocos minutos de huir del rancho! ¡Queríamos conservarla viva porque nos hacía falta su firma, pero uno de mis hombres se puso demasiado nervioso y la hirió gravemente de un balazo en la espalda! Entonces hubimos de emplear una estratagema.

Gizel, escupiendo sangre por los labios entreabiertos, pudo balbucir:

—¿Una estratagema?

—Sí. Le prometimos que buscaríamos a un médico y que con su ayuda aún lograría salvarse. A cambio de eso le pedimos su firma en un papel en blanco. Un papel lo bastante grande para poder luego escribir en él, encima de la firma, el texto de la aceptación del testamento y el de la venta de vuestro rancho. Ella lo hizo, con la esperanza de vivir… Por tanto, las firmas que hay en esta escritura —se palpó uno de los bolsillos, donde la guardaba— son auténticas. Nadie podrá jamás discutirlas…

Lanzó una carcajada, más ronca que las otras, mientras empujaba a la muchacha con el pie, y añadió:

—Pero llamar a un médico hubiera significado demasiadas

complicaciones para nosotros. De modo que, una vez tu hermana hubo firmado, la «ayudamos» a morir.

—¡Canalla!

—Había que actuar inteligentemente, muchacha. Yo nunca me dejo guiar por los impulsos y siempre medito lo que me conviene hacer. Ésa es la razón de que continúe vivo, mientras todos mis enemigos están ya en la tumba. Y una vez muerta tu hermana comprendí que ella nos seguiría haciendo falta.

—¿Ella? ¿Una muerta?

—Claro que sí, muñeca… Claro que sí. ¿Es que no te das cuenta? Tú jamás hubieras firmado esa escritura a no ser con la esperanza de que, al hacerlo, salvabas la vida de tu hermana. Tú la querías más que a nadie en el mundo, y por salvarla hubieras hecho cualquier cosa. A mí no me interesaban jaleos en Kansas City, sino que todo se desarrollara con la apariencia de un negocio legal. Por eso el cadáver de Irene fue mi arma. Te lo enseñé, o más bien te lo dejé vislumbrar, desde la puerta, antes de que entráramos todos en el despacho del juez. Ahora ya sabes la verdad. ¡Llévate esa carroña! ¡Exijo que te la lleves!

Gizel no se dio cuenta de la brutalidad terrible de aquellas palabras, mirando tan sólo el rostro de su hermana.

—Pero… no es posible… —balbució.

—¿Por qué no es posible? ¿No sabes que antes fui embalsamador, pequeña imbécil? ¿No has oído decir que se me tenía por uno de los mejores embalsamadores de Kansas?

Gizel casi no le oía. Gizel miraba como alucinada el rostro dulce de su hermana, un rostro que aún parecía vivo, que parecía tener calor, luz… El trabajo de Hudson había sido sin duda un trabajo maravilloso, pero por eso mismo había sido también un trabajo horrible. Como resucitar a una muerta.

La sensación de pena, de angustia, de horror, fue tan intensa en el corazón de Gizel, que no pudo resistirlo. Sintió que todo su cuerpo se convulsionaba, que se le nublaba la vista, y a medio incorporar como estaba cayó bruscamente a tierra.

Hudson aulló:

—¡Llévate a esa carroña de ahí! ¡Llévatela! ¡Voy a darte una carreta para que la pasees por todo Kansas!

El secretario del juez, que había entrado allí a punta de revólver,

dijo con un soplo de voz, mientras sus ojos temblaban de miedo tras los cristales de las gafas:

—Es inútil. No hace falta que grite más, señor Hudson. Se ha desmayado.

Fue un error hablar en aquel momento, porque así llamó la atención de Hudson. Hudson le miró con una expresión helada, ausente, como, si estuviera contemplando ya a un cadáver.

Aquella mirada llegó como un acero hasta el fondo de los nervios del hombre, que se estremeció.

Hudson hizo una seña.

—Puede causarnos complicaciones —musitó, sencillamente, mirando a uno de sus hombres.

Éste había comprendido ya desde el momento en que su jefe empezó a pronunciar aquella frase. Sabía que el secretario del juez no era más que un estorbo y que resultaba mucho mejor enterrarlo en cualquier lugar ignorado.

Extrajo un cuchillo.

El secretario adivinó lo que iba a ocurrirle y sus labios se entreabrieron en una angustiosa demanda de piedad.

—¡No!… ¡No!

—Dale, Gus.

Gus era el del cuchillo. Movió la mano derecha mientras el secretario intentaba llegar hasta la puerta.

La hoja de acero encontró su objetivo fácilmente, con esa precisión que siempre tienen las armas de los asesinos profesionales.

El secretario lanzó un leve gritito.

Sólo eso.

La hoja le había atravesado el corazón, causándole un espasmo que apenas fue doloroso. El hombre cayó de rodillas lentamente y luego se derrumbó del todo, también con lentitud, como si se fuera arrugando. Pero Gus no se molestó en herirle más porque supo desde el primer momento que con una cuchillada bastaría.

Cuando lo vio tendido a sus pies, volvió la cabeza hacia su jefe.

Calavera Hudson debía estar sonriendo, porque su boca era más horrible que nunca.

—¿Qué haremos con él?

—Lo sacaremos en silencio por la parte trasera. Si el juez se extraña de no verlo, ya se acostumbrará. ¡Total, para lo que va a

vivir ese vejestorio!…

Gus miró a la chica, desmayada en tierra.

—¿Y ella?

La horrible mueca que era la sonrisa de Hudson se hizo más ancha.

—No habrá pensado dejarla viva, ¿verdad? —Gruñó Gus.

—No… Tal como se han puesto las cosas, claro que no… Sería absurdo. Los enterraremos a los tres juntos. Ese imbécil —señaló al secretario muerto— tendrá mejor compañía que la que jamás se atrevió a soñar.

Tendió la mano hacia el cuchillo de Gus.

—Pero dame tu arma. Quiero hacerlo yo mismo…

CAPÍTULO XVI

El honorable Leónidas Papper pensó con gran amargura que había sido un imbécil y un ingrato al enviar el cajón con el cadáver al *Club de los Vagos de Kansas City*, del que era presidente su hijo.

Con aquello no había hecho más que meterle en un buen lío.

Él no sabía si el *sheriff* había descubierto el cadáver o no, pero lo cierto es que iba tras su hijo pistolón en ristre, como si estuviera persiguiendo a una alimaña. Y aquello no podía acabar bien para el pobrecito Tiger, que nunca se había cansado tanto.

Resolvió, por tanto, poner en práctica una decisión:

¡Rescataría el cadáver!

¡Lo enterraría él mismo para que no volviese a dar a nadie más quebraderos de cabeza!

¡Y si el cadáver llevaba algo de valor, por ejemplo, un reloj, lo vendería para hacer un regalo a la señorita Mills!

Leónidas Papper era un tipo la mar de caritativo y la mar de desinteresado.

Estaba sumido en estas profundas reflexiones, sentado tras la mesa de su despacho, cuando la puerta se abrió y apareció enmarcada en ella la figura de su prometida.

La prometida del honorable Papper, como se ha dicho al principio de esta historia, era la señora Gross, con dos eses, viuda de Gross, con tres eses.

La señora Gross tendría unos dos metros de estatura. Y de circunferencia debía medir más o menos lo mismo.

El honorable Papper tuvo al verla un susto de muerte pero luego consiguió reaccionar.

—Cariñito… —dijo, con un soplo de voz.

—Déjate de tonterías. Hablas como un pajarito.

—Y tú, en cambio, hablas como un coronel de caballería, digo como una soprano de la ópera de París.

—¿Qué es eso de París? ¿Alguna población de Minessotta?

—Es una ciudad donde viven las mujeres finas, cariñito. Las mujeres finas como tú.

La señora Gross entró y se sentó en las rodillas del honorable Papper.

—¿Por qué no me dices siempre cosas bonitas, Leónidas? ¿Por qué no te portas siempre como ahora?

—Yo, la verdad…

Todos los huesos de las piernas del honorable Papper empezaron a ceder. Crujieron como los ensamblajes de un puente que se derrumba.

—Soy tu requetemonina —dijo la señora Gross—. Y si tú ahora me quisieras de verdad, me levantarías en tus brazos.

Papper se puso lívido.

—¿Pero qué te pasa, vidita? —inquirió su prometida, con voz que empezaba a ser ronca—. ¿No te gusta mi dulce peso?

—Me… ¡me matas!

—Eso quería oírte decir, cariñín. Que te mato de amor.

Las piernas de Leónidas Papper no resistieron más. Intentó ladearse, para repartir mejor la presión que sostenían, y la silla tampoco resistió. De modo que asiento, él y señora Gross se vinieron al suelo entre un tremendo chasquido de maderas rotas.

La señora Gross aulló:

—Auuuughhh…

Luego empezó a golpear a Papper.

—¡Eres un bandido, un ladrón, un asesino! ¡Mis sospechas se han visto confirmadas!

Papper resistió como pudo, y encima todavía guardó las apariencias.

—¿Qué sospechas, cariñín?

—¡En aquel cajón que llevaste a casa de tu hijo estaba encerrada la señorita Mills!

—¿La señorita qué?

—¿Crees que soy tonta? ¿Piensas que no me he dado cuenta de que vuelas como un moscardón en torno a ella? ¡Tú llevabas allí a la señorita Mills para luego poder seguir viéndoos en secreto!

Sin fuerzas, Papper balbució:

—Yo te juro que…

—¡Tú no juras nada! ¡Ahora mismo voy a ver qué era lo que ocultabas allí!

Y se puso en pie, armando más ruido que el que produciría un regimiento en armas. Papper intentó detenerla en su camino hacia la puerta, pero fue arrollado, aplastado y casi muerto. Luego, dejándolo atrás, la señora Gross siguió su camino triunfante.

* * *

Calavera Hudson tomó suavemente el cuchillo que Gus le había tendido. Un cuchillo que aún estaba tinto en sangre.

Se inclinó sobre Gizel y apoyó en su garganta la punta de la hoja.

—¿Va a degollarla? —preguntó Gus.

—Será lo más práctico.

—Lástima.

—¿Por qué?

—La chica vale la pena. Podríamos llevárnosla lejos y…

—No nos causaría más que molestias —gruñó Hudson—. Las mujeres estorban, si uno tiene que llevarlas consigo demasiado tiempo. Y ahora que somos dueños de un rancho que vale más de medio millón, tendremos todas las mujeres que nos dé la gana y por el tiempo que nos convenga. De modo que voy a acabar con ésta… ¡Ahora!

Fue a hundir la hoja en la carne palpitante de la muchacha, y en ese momento una voz susurró a su espalda:

—Hazlo, *Calavera* Hudson, y te arranco de un balazo la poca cara que te queda…

* * *

Hudson no podía esperar aquello. Se volvió violentamente, con las facciones crispadas, mientras levantaba el puñal un poco para arrojarlo contra su desconocido enemigo.

Pero el «desconocido enemigo» eran dos hombres.

Los dos habían entrado silenciosamente y empuñaban revólveres. Los dos tenían en sus ojos esa luz gris e inhumana que

sólo tienen los ojos de los pistoleros.

Durante varios segundos se produjo en la habitación un enervante y espeso silencio.

Los dos hombres que acompañaban a *Calavera* Hudson, es decir, Gus y otro llamado Bradley, no supieron qué hacer en el primer momento. La amenaza de los revólveres era demasiado concreta y demasiado clara para que intentasen alguna cosa. Alzaron levemente las manos, pero sin tocar las armas.

Hudson farfulló:

—¡Cobardes!

Se daba cuenta de que había perdido la partida. Veía claramente que sus hombres no podrían oponer resistencia ante aquellos dos magos del gatillo, sin duda los mismos que habían eliminado ya al resto de la banda.

—Suelta el cuchillo —ordenó fríamente Jimmie—. Suéltalo o yo mismo te corto con él el pedazo de labio que te queda.

Hudson fue a soltarlo.

Y en ese momento Gizel recobró el conocimiento.

Sus ojos asombrados fueron del horrible rostro de *Calavera* Hudson a los rostros de los dos hombres que acababan de entrar. Uno de aquellos rostros, el de Jimmie, le produjo una sensación que no había tenido nunca, la extraña sensación de haber visto en él lo que en secreto soñó durante mucho tiempo. Pero tal sensación duró apenas unos segundos; no pudo dejar en ella una huella profunda.

Vio el cuchillo que aún seguía estando muy cerca de su garganta.

—¡No! —gimió.

Los ojos de los dos amigos fueron hacia ella, y ese momento lo aprovechó Hudson para lanzar el puñal contra Tiger.

Tiger se dio cuenta a tiempo y saltó hacia atrás, pero no pudo evitar que la hoja de acero penetrara en su brazo derecho.

El hombre que estaba a su izquierda, demostrando una rapidez de reflejos asombrosa, le golpeó en el cuello con el borde de la mano. Tiger no estaba preparado para recibir aquellos dos ataques simultáneos, y con un gesto instintivo soltó el revólver.

Inmediatamente, Gus y Bradley sacaron sus armas.

Jimmie, que no se había descuidado un solo segundo, apretó el gatillo y envió una bala a la cabeza de Bradley, atravesándosela de

parte a parte. Bradley saltó hacia atrás, lanzando un alarido, pero fue al ver una llama anaranjada ante sus ojos. En realidad, no sintió dolor ni se dio cuenta de que moría.

Gus saltó hacia atrás, mientras rociaba la habitación con plomo, confiando en alcanzar a los dos amigos. Pero tuvo que obrar con demasiada rapidez porque Jimmie disparaba también. La consecuencia fue que ninguno de los dos hombres consiguió alcanzarse.

Calavera Hudson comprendió que debía aprovechar aquella oportunidad o moriría. Y ahora que tenía medio millón de dólares en el bolsillo, era cuando menos deseaba morir. Se lanzó por entre la cortina de fuego y logró alcanzar la puerta, dando una vuelta de campana en el aire. Luego subió como un ciclón por las escaleras alfombradas que llevaban a los pisos superiores.

Gus intentó seguirle.

Vio confusamente la silueta de su enemigo, que parecía flotar entre el humo de la pólvora. Disparó rabiosamente, y Jimmie dio un extraño salto. Demasiado tarde se apercibió Gus de que lo que había hecho su enemigo era desplazarse para encañonarle mejor. Creyó que le había alcanzado y lanzó un alarido de triunfo. Fue precisamente en ese momento cuando el plomo mordió sus entrañas una y otra vez.

Gus cayó de rodillas, mientras lanzaba contra las alfombras del *hall* sus dos últimas balas. Quedó tendido de bruces y de sus labios empezó a manar un hilo de sangre.

Gizel salió en ese momento de la habitación, tambaleándose. Sin darse cuenta tropezó con Jimmie.

Hubo una llamarada, un relampagueo en los ojos del hombre, como si él también hubiera descubierto lo que siempre soñó; pero en ese momento no podía hablar de eso; no podía ni pensarlo siquiera.

Susurró:

—¿Está herida?

—No. No ha llegado a tocarme. Pero mi hermana…

—Olvídelo, muchacha. Se volverá loca si piensa en eso. Ahora lo importante sólo es…

Buscó con los ojos a *Calavera* Hudson, creyendo encontrarlo tras la nube de pólvora que envolvía el *hall*. No se dio cuenta de que

Calavera le estaba apuntando desde el piso superior, medio oculto en el ángulo que formaban las escaleras.

Hudson le tenía bien encañonado. Vio que Jimmie sólo se preocupaba de la muchacha.

—Imbécil… —masculló—. Ya la mirarás mejor en el otro mundo…

Su tiro no podía fallar. Lo que quedaba de sus labios volvió a torcerse en aquella horrible mueca.

—¡Ahora! —gritó.

Sintió como un picotazo, como una leve presión en el vientre, y tuvo la sensación de que las escaleras subían hacia él. El picotazo se repitió, pero ahora en plena cara. Hudson no lanzó un aullido de dolor hasta llegar abajo, hasta que se dio cuenta de que sus facciones estaban deshechas, de que prácticamente ya no tenía rostro. Vio en el suelo a Tiger, y notó ante sus ojos otra llamarada roja. Luego, nada. Sobre él cayó el silencio impenetrable de la muerte.

Tiger se puso penosamente en pie y miró a Jimmie.

—Otro día fíjate menos en las chicas —gruñó—. ¡Por poco te vas con ella al otro barrio!

Jimmie masculló:

—Pues no hubiera estado mal…

Su amigo fue a atizarle con la culata del revólver, pero en ese momento oyeron unas pisadas rotundas en el porche que se extendía delante de la casa, cerca ya de la puerta.

Jimmie masculló:

—¡El *sheriff*!

—¡Si nos encuentra aquí, con toda esta carnicería, lo menos que hace es colgarnos por las botas!

—Mientras no sea por el cuello…

—¿Qué hacemos?

El ruido de las zancadas del *sheriff* se oía ya en la misma puerta.

—¡Abran! —aulló—. ¡Abran en nombre de la ley!

Gizel pudo susurrar:

—El lleva en el bolsillo la escritura de nuestro rancho…

Jimmie comprendió inmediatamente, y saltó hacia el cadáver. Empezó a buscar de un modo febril, pero sin encontrar nada. Mientras tanto, el *sheriff* había empezado ya a aporrear la puerta.

—¡No hay nada!

—Tiene que estar —masculló Tiger—. ¡Llévate el cadáver y luego lo registraremos con calma!

Jimmie no se hizo repetir la orden. Cargó con el muerto y salió por la ventana posterior. Tiger, a pesar de estar herido, hizo lo mismo con el cadáver de Irene, para darle una cristiana sepultura. Gizel, como alucinada, les siguió.

El *sheriff* entró entonces como una tromba.

—¡Quietos todos en nombre de la ley!

Pero allí ya no estaban más que los muertos.

Y los muertos, desde luego, no hicieron un solo gesto.

CAPÍTULO XVII

Con los cadáveres a cuestas atravesaron la calle justo en el momento en que la atravesaba también un pesado carromato. Se ocultaron prácticamente bajo las ruedas y nadie los vio. Sudorosos y jadeantes, llegaron al *Club de los Vagos*.

Jimmie hizo sonar la campanilla.

El mismo tipo de la camiseta les abrió con cara de sueño.

—¿Pero qué hacen? ¿Es que han aceptado el oficio de enterradores?

—¡Entra y calla! ¡Y cierra pronto!

El de la camiseta obedeció. Luego se quedó apoyado en la hoja de madera, resollando por el esfuerzo realizado.

Tiger, a quien la herida no dolía demasiado, susurró:

—Voy a salir fuera de la población. Llegaré hasta el cementerio para enterrar a esta muchacha.

Miraba el cadáver de Irene, que aún tenía en sus brazos.

Gizel lloraba silenciosamente, sin atreverse a dirigir la mirada hacia ella.

Sin darse cuenta Jimmie le acarició los cabellos. Sin pensarlo se encontró junto a ella, y aquella mano acostumbrada al «Colt» se llenó de ternura, de comprensión, de cariño.

—No pienses en eso —musitó—. Por Dios, no pienses más…

Les interrumpió la voz de Tiger.

—Estoy pensando que tenemos aquí una montaña de cadáveres —dijo—. No sólo el de Hudson y el de la muchacha, sino también el del hombre que estaba en la caja enviada por mi padre. Más valdrá que me lleve para el cementerio la carreta que tenemos en el establo.

Y salió.

Fuera se oía la voz del *sheriff*, quien aullaba:

—¡Salid, malditos! ¡Os ahorcaré a todos! ¡Sólo sois buenos para morir! ¡Pareja de malditos!

—Es lo mismo que me decía mi padre —susurró tristemente Jimmie—. Que sólo soy bueno para morir.

—Me parece que eres bueno para muchas cosas más —musitó Gizel, mirándole fijamente a los ojos—. Y sé que a lo largo de tu vida podrás demostrarlo.

Jimmie tragó saliva.

—¿Tú me dejarías…? Quiero decir: ¿Tú me dejarías que junto a ti…, toda la vida…? ¡Diablos, no sé cómo se dicen esas cosas! ¡No me he declarado nunca!

—Ni yo he escuchado nunca una declaración —susurró ella—. Pero ya te entiendo.

Jimmie iba a decir algo más cuando en ese momento alguien les interrumpió. Aquel alguien fue la persona que menos esperaban. ¡Nada menos que la rutilante señorita Mills!

Se abrió una de las puertas y apareció ella.

—¿Dónde está Tiger? —preguntó, de repente.

—¿Tiger? ¿Por qué?

—¡Porque ya estoy harta de que se me escape! ¡Ya estoy harta de que se encierre aquí y me evite como si las mujeres le diesen miedo! ¡No quiero disimular más! ¡Es el único hombre que vale la pena en toda la comarca!

—Pues me parece que él dirá algo parecido de ti… —susurró Jimmie—. Por una mujer como tú es capaz hasta de trabajar…

En aquel momento, alguien aporreó la puerta. Los golpes fueron tan contundentes como disparos de artillería.

—El *sheriff*… —Fue a decir Jimmie.

Pero un vozarrón que era peor que el del representante de la ley atronó la casa.

—¡Abran! ¡Abran! ¡Soy la señora Gross!

—La señora Gross… —balbució la muchacha—. No sé por qué me parece que tiene algo contra mí…

—Pues tienes que esconderte…

Jimmie vio que tras una de las puertas estaba el cajón donde antes yació un cadáver. Ahora estaba vacío porque Tiger se había llevado el cuerpo. Lo señaló.

—Ocúltate ahí. No es muy confortable, pero estarás solo cinco minutos.

La señorita Mills asintió. Unos segundos después el cajón estaba cerrado y, al parecer, olvidado en un ángulo, como si no contuviese nada.

Jimmie abrió. La señora Gross entró en la casa con la fuerza de un acorazado.

—¡Quiero ver a la señorita Mills! —rugió—. ¡La señorita Mills está aquí!

Jimmie compuso una sonrisita inocente.

—¿La señorita Mills? ¿De quién me habla?

De pronto, los ojos de la impresionante señora vieron el cajón.

Apartando de un manotazo a Jimmie, fue hacia allí. Jimmie tuvo la misma sensación que si le hubiera embestido un bisonte.

La tapa fue alzada, y dentro del cajón apareció la señorita Mills.

El grito que lanzó la respetable viuda hizo retemblar la casa, pero eso no fue nada en comparación con lo que sucedió después.

Porque en aquel momento entró Leónidas Papper, convencido de que la señora Gross no habría encontrado nada.

—¡Vidita! ¡Cariño! ¡Nena!…

La señora Gross se volvió hacia él.

—Ven a mis brazos, amorcito.

Pero algo siniestro debió ver el honorable Papper en los ojos de la gigantesca viuda, porque en lugar de correr hacia ella salió a la calle gritando:

—¡Socorrooooo!…

Media hora después, Tiger, que ya había terminado de cerrar la fosa en el cementerio de Kansas City, vio a su padre como un desesperado por las afueras de la ciudad, perseguido por la señora Gross.

«Pobre papá —pensó—. Es un hombre tan guapo y tan interesante que las mujeres no le dejan en paz».

Luego añadió para sí mismo:

—Lo peor es que si la señora Gross le alcanza y le mata, o le obliga a casarse con ella, que viene a ser lo mismo, no podrá ser padrino de mi boda y la de Jimmie. Tendremos que preguntar si lo quiere ser el *sheriff*…

FIN